

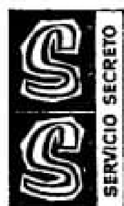
LA CHICA BAJO EL FAROL

clark carrados

CLARK CARRADOS

LA CHICA BAJO EL FAROL

1.ª EDICIÓN
AGOSTO - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 15052 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

N. R. 1574/62

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
725.—La mina fantasma. 728.—Límites de sangre. 762.—La carta del muerto.

En Colección SERVICIO SECRETO:
615.—Sonata de sangre. 620.—A las 11, sesión de tiro. 624.—La hija del *gangster*.

En Colección BUFALO:
382.—Círculo de odio. 396.—El tren de las 7'30. 438.—Capitán Fracaso.

En Colección CONGO:
6.—Sahara en rojo.

En Colección SALVAJE TEXAS:
279.—El honor de un pistolero. 297.—El juez Damas. 307.—La vuelta del yanqui.

En Colección CALIFORNIA:
240.—Doble rescate. 294.—Comerciantes en balas. 302.—Encaje de revólveres.

En Colección COLORADO:
83.—Cita en el desierto. 106.—¡Bandidos! 228.—Seis al infierno.

En Colección KANSAS:
204.—La hija del *sheriff*. 214.—Fantasmas en la ciudad.

En Colección PUNTO ROJO:
5.—Los murciélagos. 9.—La viuda viste de rojo.

En Colección BRAVO OESTE:
82.—Savia roja.

La chica bajo el FAROL

por CLARK CARRADOS



CAPÍTULO I

Estaba apoyada en el farol de la esquina, con un cigarrillo apagado entre sus labios gruesamente pintarrajeados de rojo.

Vestía una blusa blanca de algo parecido a la seda, cerrada hasta arriba, sin mangas, y una falda negra, abierta en el costado izquierdo hasta bastante más arriba de las rodillas. Del hombro izquierdo le pendía un bolso negro de plástico, imitación al cuero, y se calzaba con unos zapatos de inverosímil tacón, de un tipo ya algo anticuado, sujetos a los tobillos por unas correíllas del mismo material.

Walt Cushing tenía prisa, mucha prisa, tanta, que no se hubiera fijado en la mujer de no haber sido porque ella le salió al encuentro moviendo las caderas con aire provocativo.

—¿Me das fuego, buen mozo? —preguntó ella con voz espesa, sensual.

Cushing detuvo el paso y sacó mecánicamente los fósforos. La luz del farol caía a la espalda de la mujer, proporcionando una falsa aureola a sus rojos cabellos, que le caían en largas ondas sobre los hombros. El resplandor de la llamita le reveló unos ojos cargados de pintura en párpados y pestañas, una mirada provocativa y una boca grande y húmeda

que le sonreía incitantemente.

La mujer le miró mientras encendía el cigarrillo. Aspiró el humo, haciendo que el busto le resaltara pomposo y opulento bajo la blusa.

—Invítame a una copa, ¿quieres, buen mozo?

—Ahora no, tengo prisa —dijo Cushing, guardando los fósforos—. Otro día será, guapa —y reanudó su marcha.

Ella extendió la mano, agarrándole por el brazo. Cushing miró un instante las puntiagudas uñas, pintadas de un vivo escarlata, y luego alzó los ojos.

—¿Qué diablos quieres, tú? —rezongó de mal talante.

—¿A dónde vas, si puede saberse? —preguntó ella.

—No, no puede saberse. Y quita ya tu zarpa de encima de mi brazo, ¿quieres?

Ella soltó una agria carcajada al tiempo que obedecía.

—Milord, teme que mis dedos le ensucien la casaca.

—¡Vete al infierno! —gruñó Cushing, tratando de nuevo de reanudar su camino.

—Al infierno se va por la ruta que sigues tú ahora, buen mozo —dijo la individua con desfachatez.

Cushing detuvo el paso en seco. Volvió la cabeza y frunció él ceño.

—¿Qué diablos sabes tú a dónde voy?

Ella le guiñó el ojo izquierdo.

—Se ve a la legua; pero, anda, anda, no quiero entretenerte. Quizá es que tienes frío y deseas calentarte cuanto antes en ese lugar que has mencionado el primero de nosotros dos.

—Mira, chica —dijo Cushing, tratando de armarse de paciencia—: Voy a darte dos consejos, aunque ordinariamente no soy amigo de decir a la gente lo que tiene o no tiene que hacer. En primer lugar, déjame en paz. Y, en segundo, lárgate cuanto antes de debajo de ese farol, no sea que pase un policía y te enchiquere, ¿estamos? ¡Adiós!

Y tras aquellas abruptas palabras, Cushing rompió la marcha de nuevo, llegando en cuatro zancadas a la esquina, que dobló sin la menor vacilación.

Adentróse en un oscuro callejón, lleno de cubos de basura, latas viejas, cajones vacíos y todo género de desperdicios. El callejón no tenía otra salida que la que quedaba a espaldas de Cushing, y estaba alumbrado malamente por una sola bombilla, sucia y polvorienta, situada a mitad de su longitud, que no excedía de los cuarenta metros.

No había viviendas en aquel callejón; era todo traseras de casas de habitaciones o almacenes comerciales. Con paso vivo, pero silencioso, merced a la gruesa suela de goma de sus zapatos, Cushing recorrió el callejón hasta llegar a una puerta situada a la derecha, muy cerca de la tapia que cerraba el final.

Al llegar allí, estudió detenidamente el terreno. La tapia tendría unos cuatro metros de altura y daba, por el otro lado, a unos desmontes que terminaban en una playa sucia y guijarrosa, cuyo olor salino llegó claramente a la pituitaria de Cushing, entremezclado con el de maderas podridas y residuos de petróleo.

Había unos cuantos cajones en aquel lugar. Silenciosamente, sin causar el menor sonido, Cushing los arrastró hasta situarlos en pirámide a los pies de la tapia. Era preciso asegurarse la retirada.

Después volvió a la puerta, escuchando unos instantes. En vista de que no oía el menor ruido sospechoso, trató de abrirla. Estaba cerrada con llave.

Cushing no se arredró por ello. Sacó un alambre del bolsillo y lo dobló en ángulo recto en uno de sus extremos. Luego, tanteando, empezó a hacerlo girar, hasta que sintió un leve chasquido. Empujó suavemente y la puerta se abrió.

Un negro espacio apareció ante sus ojos. Cruzó el umbral, cerrando a sus espaldas y aguardando unos segundos. Vago rumor de voces llegó hasta sus oídos.

Sacando un fósforo, se arriesgó a encender un poco de luz. Al vacilante resplandor de la llamita, divisó las oscuras sombras de dos automóviles negros de gran tamaño y poderoso motor. Siempre sin hacer ningún ruido, se acercó a ellos y, uno tras otro, abrió los grifos de purga de los tanques, dejando que la gasolina se derramara por el suelo.

Luego se alejó de los coches, yéndose hacia la pared de la izquierda, en la cual había visto una escalera adosada a la misma, que subía hasta una puerta situada en el muro, a unos cinco metros del suelo. Puso el pie en el primer peldaño y sacó una pesada automática calibre 45, recuerdo de sus días de oficial en la infantería.

Empezó a subir los escalones con infinito cuidado. Eran de madera vieja y podían crujir en cualquier momento, delatando así su presencia con facilidad. Esto, desde luego, no le convenía en absoluto.

La escalera concluía en una especie de amplio rellano. Cushing quedó frente a la puerta y aplicó el oído a la cerradura.

El ruido de voces llegó hasta sus oídos. También oyó algunas brutales carcajadas. Por lo visto, los tipos que había al otro lado de la madera se divertían en grande.

Hinchó el pecho timando aire. Luego levantó el pie derecho y pegó un tremendo puntapié a la puerta, la cual se abrió con enorme violencia.

Inmediatamente, penetró en la habitación con el ímpetu de un huracán, gritando:

—¡Manos arriba todo el mundo!

CAPÍTULO II

Los cinco hombres que había en la estancia se quedaron estupefactos al sentirse intimidados de tal modo.

—¡He dicho manos arriba y no pienso repetirlo! —exclamó Cushing, blandiendo amenazadoramente la pistola—. Si alguno tarda más de dos segundos en obedecerme, le volaré su maldita cabeza.

Cinco pares de manos se alzaron en el acto hacia el cielo. Cinco rostros, ninguno de los cuales tenía un aspecto agradable, le miraron con odio y sorpresa a un tiempo.

—¿Quién es usted? —preguntó uno de los individuos, un rufián con una cicatriz que le llegaba desde la oreja izquierda hasta la aleta de la nariz.

—Eso no te importa a ti, hijo de perra. ¡Todos arriba y de cara a la pared! ¡Vamos, vivo, obedeced en el acto o empezaré a regar de balas la habitación!

Los cinco individuos que había allí eran pistoleros duchos y avezados, capaces de hacer frente a cualquier situación, pero la inesperada aparición de Cushing los había cogido por sorpresa y no acertaban a reaccionar.

Uno de ellos, sin embargo, trató de hacerlo. Moviendo la mano velozmente, quiso sacar la pistola que tenía en una funda axilar.

Cushing apretó el gatillo. El individuo recibió un pesado balazo en el hombro y se desplomó patas arriba, chillando como un conejo herido.

—Apunté a la cabeza, pero erré —dijo Cushing quejumbrosamente. No era cierto, pero quería impresionar a los pandilleros—. ¡Vamos, a la pared!

Pegó una patada a la puerta que tenía a sus espaldas, cerrándola de golpe. El pandillero herido seguía en el suelo, gimiendo monótonamente.

Los cuatro restantes, sin bajar las manos, se volvieron de cara a la pared del fondo. La habitación era bastante grande, unos seis metros de lado, y estaba sobriamente amueblada: una mesa, varias sillas y un par de literas, una encima de la otra, amén de un grifo y un lavabo, era todo cuanto había allí, amén de una bombilla de gran potencia pendiente del centro del techo.

Cuando los rufianes se hubieron situado en la posición más conveniente, Cushing dijo:

—Ando buscando a dos tipos llamados Barson y Mowbray. ¿Quiénes

son?

Ninguno de los otros pandilleros se movió. Entonces, Cushing añadió:

—Estoy apuntando directamente a la nuca de uno de vosotros. Ninguno sabe cuál recibirá el balazo en la cabeza, pero una cosa hay tan cierta como la luz que alumbra esta pocilga: si cuando haya terminado de contar tres no han aparecido esos dos bastardos, uno de vosotros verá salir sus sesos por las narices. ¡Uno...! ¡Dos...!

—¡Basta! —gritó un pandillero—. Son estos dos —y señaló con la mano a los dos tipos situados en el extremo izquierdo de la fila.

Barson y Mowbray prorrumpieron en atroces maldiciones contra el que acababa de delatarles. Cushing sonrió divertidamente un instante, pero no tardó en cortar la escena.

—¡A callar! ¡Vosotros dos, enseñadme la cara! ¡Pero no bajéis las manos o estáis perdidos!

Los nombrados obedecieron. Uno de ellos era muy alto y fornido, en tanto que el otro apenas si le llegaba al hombro. Pero ambos tenía una característica en común: la depravación que se reflejaba en sus rostros.

—Bien —decretó Cushing—, y ahora, tirad vuestras pistolas al suelo. Cuidado, que estoy vigilando y nunca me ha importado aplastar a una rata, ¿estamos? Las pistolas con solo dos dedos y luego bien lejos de vosotros.

Los pandilleros obedecieron en silencio. Cushing prosiguió:

—Tengo noticias que fuisteis vosotros quienes golpeasteis hasta causarle la muerte a un buen amigo mío. No menciono nombres, porque no es necesario, pero sí voy a cobrarme esa deuda, aunque bien sabe Dios que no debiera perder tanto tiempo y limitarme a llenaros de plomo la barriga. Tú —se dirigió al más pequeño—, saca esos nudillos de acero que siempre llevas encima. ¡Vamos, pronto!

Barson obedeció. Se humedeció los labios con la lengua aprensivamente, mientras se colocaba los nudillos de bronce en la mano derecha.

—Y ahora, pégate con ese grandullón —señaló a Mowbray—. Esos nudillos compensarán la desventaja de peso y estatura. ¡Eh, vosotros dos —exclamó, advirtiendo un movimiento sospechoso en los forajidos que habían quedado en la pared—, quietecitos! Este espectáculo es para mí solo, ¿entendido?

Barson y Mowbray se mostraban remisos en actuar. Cushing apuntó con la pistola a la cabeza del primero, cerrando el ojo izquierdo para tomar mejor puntería.

—Me está entrando un hormiguillo en el dedo índice... y no sé si voy a poder contenerme —anunció—. ¡A pegaros, bestias!

Aquellas palabras decidieron a los pandilleros, los cuales se arrojaron el uno contra el otro, blandiendo los puños. Pero Cushing no tardó en notar que estaban desempeñando una comedia y que sus golpes carecían de

efectividad.

Apuntó con cuidado y disparó. La bala pasó entre los rostros de ambos contendientes, arrancando lascas de yeso de la pared frontera. Barson y Mowbray pegaron un salto, separándose vivamente.

Ambos miraron a Cushing a la vez. Este dijo flemáticamente:

—No sé qué me pasa que cada vez tengo peor puntería. Tendré que suplicarla con una mayor cantidad de disparos a ver si así acierto, ¿no os parece?

En realidad, el disparo había sido una estupenda demostración de todo lo contrario y los pandilleros lo advirtieron. Mowbray volvió la vista hacia su compinche.

—Chico, lo siento —dijo, y le largó un trompazo que lo hizo volar por la habitación.

Barson se puso en pie rugiendo de cólera. Ciego de furor, se lanzó contra el otro, saltando para alcanzarle con los nudillos de bronce en un pómulo, el que se abrió de inmediato.

Mowbray soltó un chillido de dolor. Después, los dos individuos se enzarzaron en una feroz lucha a golpes, los cuales resonaban sordamente en el cuarto. Las narices de Mowbray resultaron cruelmente machacadas cuando aquella terrible arma se estrelló brutalmente contra el apéndice, provocando una enorme hemorragia.

Mowbray pareció enloquecer por el dolor. Golpeó a Barson sañudamente, hasta que, al fin, lo alcanzó con un terrorífico derechazo en la mandíbula, que lo hizo volar unos cuantos metros por el aire, antes de estrellarlo contra la pared frontera. El pistolero cayó al suelo y permaneció inmóvil.

Entonces, Mowbray obró de una manera imprevista. El dolor que sentía era tal que ya no le importaba cualquier cosa que pudiera sucederle. Agarró una silla por el respaldo y la arrojó contra Cushing con todas sus fuerzas.

El disparo de Cushing salió desviado. La silla le alcanzó en pleno pecho, derribándole de espaldas por tierra. Mowbray saltó sobre él, pies por alto, con ánimo de patearle.

La puerta del cuarto se abrió bruscamente. Mowbray se detuvo un segundo. Ya no volvió a caminar más.

Un revólver detonó varias veces. Empujado por los proyectiles, Mowbray retrocedió hasta chocar contra la mesa, que derribó aparatosamente. Luego se derrumbó de bruces, mientras que la sangre fluía con violencia de los orificios que las balas habían causado en su cuerpo.

Cushing se puso en pie de un salto, apuntando con su pistola a los otros dos forajidos, quienes se habían vuelto al sentir el tronar de los disparos.

—¡Quietos ahí! —dijo amenazadoramente.

Los pandilleros se inmovilizaron. Entonces, Cushing retrocedió hasta tocar con la mano izquierda el pomo de la puerta. La abrió y salió fuera, al rellano.

Sin embargo, en lugar de bajar por la escalera, se echó al lado opuesto, parapetándose en el espacio que había entre el marco de la puerta y la barandilla de la plataforma. Sabía lo que iba a suceder y no se equivocó.

Los otros dos pandilleros salieron ciegos, empuñando sus pistolas, el uno detrás del otro, precipitándose hacia la escalera. Entonces, Cushing avanzó un paso y golpeó con el pie en la espalda del segundo de los pistoleros.

Este cayó sobre su compañero y los dos individuos rodaron estruendosamente por la escalera, hasta llegar al duro suelo de cemento, donde quedaron aturdidos por la caída.

Cushing bajó los peldaños de cuatro en Cuatro. Uno de los pandilleros sé incorporaba en aquel momento. Le pegó un puntapié en la mandíbula y el individuo cayó hacia atrás sin rechistar.

Acto seguido, se encaminó hacia los automóviles. Sacó un fósforo, lo encendió y lo arrojó sobre la gasolina, la cual se inflamó en el acto, con sordo rebufo. Las llamas envolvieron a los dos coches inmediatamente, iluminando el almacén con rojos resplandores.

Después echó a correr. Salió fuera y derivó hacia la derecha. Trepó por los cajones, saltando al otro lado de la tapia. Flexionó las rodillas para atenuar los efectos de la caída y una vez se hubo repuesto, echó a correr por la playa.

A sus espaldas sonaban gritos de alarma. Unos segundos más tarde oyó la sirena de un patrullero policial. Siguió corriendo.

Mientras huía de allí, se preguntó una cosa: ¿Quién había sido el misterioso individuo que había acudido en su ayuda tan oportunamente, disparando contra Mowbray y matándolo?

CAPÍTULO III

A la mañana siguiente, Walt Cushing leyó el periódico muy complacido, mientras tomaba el desayuno.

“Alguien estará pasando un mal rato en esos momentos”, pensó.

Los titulares del *Telegraph* eran de escándalo.

GUERRA DE BANDAS

ASALTO AL CUARTEL GENERAL DE UNA PANDILLA

DOS MUERTOS Y TRES HERIDOS;
UN EDIFICIO Y DOS AUTOMOVILES
INCENDIADOS POR COMPLETO

El periodista narraba el suceso de modo espectacular y terminaba diciendo que, conforme a la ley de la jungla en que se desenvolvían aquellos criminales, los supervivientes se habían negado rotundamente a declarar quién había sido el autor de semejantes estragos.

Cushing sonrió y dobló el periódico, dejándolo a un lado. Claro que no podían declarar quién los había asaltado. En primer lugar, no le conocían y, en segundo, los tres supervivientes no habían podido ver la cara del individuo que había matado a Mowbray de cuatro certeros balazos. El otro muerto había sido Barson, desnucado a consecuencia de un golpe que lo había lanzado contra la pared.

La sonrisa de Cushing se borró de pronto.

—Pero esto no es todo —murmuró, golpeando la mesa con el puño—. Ellos eran los meros ejecutores, no el cerebro. Y yo quiero alcanzar al cerebro, herir de muerte al hombre que ordenó el asesinato de Roy Ellis.

Encendió un cigarrillo y meditó unos momentos. Era preciso continuar con su campaña. Ellos usaban el terror, un terror síquico principalmente, pero cuando este fallaba, utilizaban el terror físico sin vacilar.

—Yo haré lo mismo. Les aterrorizaré hasta tal punto, que tendrán que huir de la ciudad o cesar en sus criminales actividades.

De pronto sonó el teléfono. Cushing levantó el aparato y lo acercó al oído.

—Cushing al habla.

—¡Walt! —exclamó una voz femenina de indudable atractivo—. ¿En qué estás pensando?

—¿Pensar…? Oh, sí, dispénsame, querida. Lo había olvidado… pero no me eches a mí la culpa, sino al mucho trabajo que tengo en el bufete. Buenos días, cariño. ¿Qué tal has descansado?

—Eso ya está mejor, Walt —dijo la mujer, evidentemente complacida—. Pero no me gusta que te olvides de despertarme todas las mañanas a la misma hora, ¿comprendes?

—Prometo no reincidir, Ada. ¿Te encuentras bien?

—¡Magníficamente! Walt, mira a través de la ventana. Contempla el sol tan radiante que luce en el cielo. ¿No te entran ganas de abandonarlo todo y salir a dar un buen paseo?

—Es una perspectiva muy seductora, amor mío, pero ya sabes que no puedo. Espera al fin de semana y pasearemos por dónde quieras.

—¡Oh! ¡Oh, qué lástima, Walt! Yo que me había hecho tantas ilusiones. ¿No puedes aunque sea solo un poquitito de nada…?

—Querida, ya sabes que el mayor de mis deseos es permanecer constantemente junto a ti, pero debes ser comprensiva y darte cuenta de que me debo a la clientela. No puedo descuidarla, so pena de convertirme en un mendigo. Y tú no querrás casarte con un pobretón, sino con alguien que te ofrezca una posición sólida, ¿no es así?

—Walt, tú ya sabes cuáles son mis pensamientos al respecto. Si tú quisieras, papá podría ayudarte…

Las mandíbulas de Cushing se cerraron sólidamente.

—Ada, te ruego una vez más no vuelvas a mencionar el tema. Me gusta la independencia y tú lo sabes bien.

—Pero es que así podríamos casarnos antes, Walt. ¡Y lo deseo tanto!

—Menos que yo, querida, pero bien sabes cuáles son mis intenciones. Si tanto me quieres, no debe importarte esperar algún tiempo hasta que mi situación esté bien consolidada. Sabes que he intervenido en algunos casos que me han dado cierta nombradía y procurado alguna clientela. Yo creo que en un año más me habré situado lo suficiente para…

—¡Un año! —exclamó la mujer, desconsolada.

—Un año pasa pronto, cariño mío. Y, mira, te voy a hacer una proposición: si para esa fecha no he conseguido lo que deseo, quebrantaré mi promesa y entraré a trabajar con tu padre. ¿Hace?

—Es un pobre consuelo… pero no puedo negártelo, Walt. Recuerda, solo un año, ¿eh?

—Conforme, amor. Hasta…

—¿Vendrás a cenar con nosotros a la noche, Walt?

Cushing captó al momento el tono anheloso de su prometida. Reflexionó un par de segundos y luego dijo:

—No puedo prometértelo, querida. Me espera a las seis y media un cliente muy importante y no estoy seguro de que haya podido deshacerme de él para esa hora. En todo caso te avisaré con lo que haya. ¿Estamos?

—Bien, cariño, no me queda otro recurso que resignarme. Pero no te olvides de despertarme por la mañana o acudiré a tu despacho a sacarte los ojos, ¿me has oído?

Cushing colgó el teléfono, verdaderamente satisfecho.

“Es una buena chica y seremos felices”, se dijo, mientras encendía un nuevo cigarrillo. Quería a Ada sinceramente y esperaba casarse con ella en cuanto hubiese logrado una posición un tanto más independiente y estable, ya que de ningún modo deseaba tener que depender de su futuro suegro, menos por el trabajo en sí, sino porque nadie pudiera reprocharle que se aprovechaba de las riquezas del señor Leonard Farmsworth, que tal era el nombre del padre de su prometida. A fin de cuentas, ya tenía bastante con Ada; era hija única e, indefectiblemente, a la muerte del señor Farmsworth sería su heredera, de modo que el dinero era una cuestión secundaria para él, a plazo largo. Por el momento prefería labrarse su propia posición y sabía que el matrimonio no contribuiría a ello, al menos en los primeros tiempos.

Meditó todo esto mientras fumaba con aire abstraído. De pronto, la campanilla del teléfono sonó de nuevo.

Levantó el auricular. Una voz femenina sonó en el aparato.

—¿Señor Cushing?

—Yo mismo —respondió el aludido. ¿Dónde había oído él aquella voz?

Sonó una suave risita.

—Salió del infierno, ¿eh?

El cuerpo del joven se puso tirante.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Lilí Marlén —fue la sorprendente respuesta que recibió.

—¿Lilí...? ¡Oiga usted, señora! —gruñó Cushing, sumamente fastidiado —. ¿Acaso cree que tengo el tiempo para perderlo de esa manera? Hable si tiene que decirme algo...

—Ya le estoy hablando, señor Cushing —dijo la voz, en la cual latía un timbre de indudable ironía—. Lo que pasa es que usted no me deja.

—Está bien. Siga usted, señorita...

—Lilí Marlén. ¿No le recuerda esto nada?

—En absoluto, salvo una vieja canción de guerra.

—Exactamente, señor Cushing. Pero le llamé simplemente para felicitarle por haber salido del infierno sin quemarse. Mi enhorabuena, abogado. Adiós.

—¡Eh, oiga usted! —gritó Cushing, golpeando frenéticamente con la mano en el interruptor de la línea.

Solo oyó unos cuantos “¡clicks!” Pero nadie respondió a sus furiosas

llamadas.

Muy irritado, colgó el teléfono, pensando a quién podía pertenecer la voz de la misteriosa mujer. ¿Lilí Marlén? ¡Absurdo! La fulana tenía ganas de broma.

Pero había mencionado una cosa: el infierno. ¿Con quién había hablado él la noche anterior de un lugar semejante? ¡El infierno!

Lilí Marlén.

Las notas de la vieja canción de guerra acudieron maquinalmente a sus labios. La tarareó entre dientes.

Delante del cuartel,
frente a la puerta principal,
hay un farol...

Se sentó muy rígido, con todos los músculos en tensión. ¡El infierno! ¡Lilí Marlén! ¡El farol!

¿Me das fuego, buen mozo?
Al infierno se va por la ruta que sigues tú ahora,
buen mozo.

La chica del farol.

Pero ¿qué demonios podía saber ella?

Apretó las mandíbulas. Una idea acababa de ocurrírsele de repente.

—Es imposible —dijo—. Absolutamente imposible que ella...

Pero la idea iba tomando cuerpo en su mente y cada vez le parecía más verosímil. Sí... Lilí Marlén le había ayudado tan oportunamente, ¿por qué lo había hecho? ¿Qué tenía que ver una prójima de su catadura en un asunto semejante?

Y, en todo caso, de haber tenido alguna intervención en el mismo, debiera haber estado del lado de los otros, no a su favor. Pero si sus suposiciones eran ciertas, Lilí Marlén —decidió llamarla así, ya que no la conocía otro nombre— había actuado muy oportunamente, por cierto.

Inmediatamente se puso en pie. Lo que no había conseguido su prometida, iba a conseguirlo una mujer de dudosa reputación.

Abandonaría el trabajo por aquel día. Tenía que encontrar a la individua como fuera, con el fin de interrogarla acerca de los móviles que la habían inducido a actuar de aquella manera. Él se había forjado unos planes y no iba a consentir que una fulana semejante interviniese en ellos, por muy valiosa que fuera la ayuda que podía prestarle.

“Las mujeres acaban siendo un estorbo en determinadas circunstancias”, sentenció, mientras salía del despacho.

En la antesala dijo a su secretaria:

—Señorita Thornton, si preguntan por mí diga que estaré fuera todo el

día. Tome nota de los asuntos y resuélvalos según su criterio o aplácelos hasta mañana.

—Sí, señor Cushing.

Mientras bajaba en el ascensor, volvió a murmurar entre dientes la canción.

Y todo el mundo lo verá,
cuando estemos junto al farol
como entonces, Lilí Marlén…

CAPÍTULO IV

Sus pesquisas habían sido infructuosas. En todo el día, los esfuerzos realizados no le habían proporcionado el menor indicio del lugar en donde podía encontrarse Lilí Marlén.

Un tanto chasqueado, decidió efectuar la visita al cliente que había mencionado a su prometida.

Llegó a la puerta de un suntuoso edificio de apartamentos y se metió en el ascensor, subiendo hasta el piso noveno. Salió del mismo y buscó una puerta.

Tocó el zumbador. Unos instantes después, la puerta se abría y un individuo de pésimo aspecto aparecía ante sus ojos.

—¿Qué es lo que desea usted? —preguntó de mal talante.

Cushing sacó a relucir la pistola.

—Una sola voz y te aso a tiros, gorila. Cierra el pico si quieres seguir viviendo, ¿estamos?

El gorila no cerró la boca, sino que la abrió, a causa de la estupefacción que le causaba el inesperado gesto del joven.

—Media vuelta, bastardo —dijo Cushing.

El pistolero obedeció. Entonces, Cushing levantó la mano y golpeó la nuca del rufián. Este se desplomó como un saco vacío.

El joven pudo agarrarlo por un brazo, con el fin de que su cuerpo no hiciera demasiado ruido al caer. Luego, silenciosamente, le registró, desposeyéndole de una pistola y una navaja de resorte, que arrojó debajo de un diván próximo.

Acto seguido atravesó el vestíbulo, pisando de puntillas. Situándose de lado en la puerta frontera, asomó la cabeza.

—¿Quién era, Dodds?

La voz era gruesa, turbia. Y el individuo que había hablado correspondía físicamente a su forma de hablar.

Era un hombre de unos cincuenta años de edad, grueso, rubicundo, tirando a apoplético, lo cual indicaba su afición a la buena vida. Sus dedos parecían salchichas blandas y su cuerpo voluminoso estaba cubierto con un lujoso batín de seda chino, lleno de dibujos de dragones y otros animales fantásticos que ofendían gravemente la vista.

—Dodds —repitió el hombre.

—No soy Dodds —dijo Cushing saliendo de su escondite.

El hombre se puso en pie de un salto. La copa que tenía en sus manos se le escurrió de pronto, rompiéndose contra el suelo en mil pedazos.

—¿Quién es usted? —preguntó, con el rostro cubierto de una intensa palidez.

—El nombre importa poco ahora, Jim Cossimo —dijo el joven—. Es mi presencia aquí lo realmente importante.

Cossimo frunció el ceño. Empezaba a recobrarse.

—¿Un asalto?

Cushing rio.

—No me hace falta su podrido dinero, Cossimo. Solamente vengo a darle una ración de su misma medicina.

—¿Eh?

—Lo que oye, maldito bastardo. Es usted un cochino extorsionista, un jefe de asesinos, un ladrón y muchas cosas más, todo ello escondido bajo la respetable capa de jefe del Sindicato local de estibadores del muelle. Tiene a cientos de honrados trabajadores sujetos bajo su zarpa, extrayéndoles el jugo de la manera más canallesca posible, por medio de sus matones a sueldo. Les obliga a cotizar elevadas cantidades empleando para ello razones que darían náuseas, si no fuera porque algunos de los muchachos han muerto o quedado inútiles de por vida a manos de sus repelentes esbirros. Uno de los *dockers* que murió por intentar resistirse a sus maquinaciones, por desear limpieza en las elecciones para su cargo, murió a causa de una bárbara paliza que le propinaron dos de sus gorilas. Se llamaba Roy Ellis, ¿recuerda usted ese nombre?

Cossimo no contestó. Estaba lívido de miedo y el labio inferior le temblaba perceptiblemente.

—Quizá no se acuerde —prosiguió Cushing—. ¡Deben ser tantos los que han padecido a manos de sus sicarios! Es igual, Cossimo, lo mismo da. Ellis era amigo mío y yo voy a vengarle, porque la policía no ha conseguido nada hasta ahora. El miedo sella los labios de los estibadores y ninguno se atrevería a comparecer como testigo en un juicio contra usted. Yo no necesito jueces, ni jurados ni testigos. Me basto yo solo para darle su merecido.

—Está bravuconeando —dijo Cossimo, tratando de recuperarse.

—No, no hay bravuconada alguna en mis palabras. ¿Ha leído ya los periódicos? ¿Recuerda lo que les sucedió anoche a dos de sus gorilas, precisamente los que asesinaron a Ellis? Me ha costado muchos días dar con su paradero, pero al fin llevaron su merecido. Lo mismo que le va a suceder a usted, Cossimo.

Las piernas del gordinflón temblaron como gelatina. Extendió sus manos suplicantemente.

—No, no me mate —dijo con voz temblequeante—. Le daré dinero, lo

que quiera, pero no dispare, por lo que más quiera.

Cushing sonrió con dureza. Disfrutaba viendo el abyecto pánico del rufián.

—Ya era hora que sintiese usted miedo, Cossimo —dijo—. Pero no tema, no le voy a matar… por ahora. Antes quiero llenarle de terror, infundirle un miedo tan espantoso que todas las noches mirará debajo de la cama antes de acostarse y tendrá que tomar un tubo entero de sedante para poder conciliar el sueño. Le voy a aterrorizar de tal modo, que no podrá salir a la calle sin llevar continuamente la cabeza vuelta hacia atrás. Usted subyuga a los *dockers* por el terror; pues bien, ahora va a saber conocer el sabor de su propia medicina, Cossimo. Y cuando haya terminado con usted, su salud mental estará tan arruinada que tendrá que pedir asilo en un manicomio, si antes no se ha muerto de miedo. Destruiré su criminal organización y les arrojaré a todos fuera de la ciudad… vivos o muertos. Cossimo, usted no ha sabido lo que es miedo hasta ahora, pero le aseguro que lo va a saber.

El rufián le escuchaba con la boca abierta. Cushing decidió que era hora ya de actuar y dio un paso hacia adelante.

Cossimo retrocedió. Sus pantorrillas chocaron contra el diván en que había estado sentado hasta aquel momento y se derrumbó de espaldas.

El joven saltó hacia él como un tigre. Previamente había enfundado la automática.

Agarró a Cossimo por el batín y lo incorporó a viva fuerza. En el mismo instante, le clavó la rodilla en el estómago.

Cossimo gimió. Cushing le golpeó en la nuca con el filo de la mano, no demasiado fuerte, sino solamente lo suficiente para hacerle caer al suelo.

El *gangster* gimió y sollozó quejumbrosamente. Cushing le arreó una soberana paliza, poniéndole la cara tumefacta a fuerza de golpes, pero procurando no desmayarlo en ningún momento, para hacerlo sentir el dolor de los puñetazos. En una ocasión en que Cossimo pudo ponerse en pie, le clavó los tacones de sus zapatos sobre los suyos, haciéndole lanzar un aullido de verdadera angustia.

Finalmente, lo lanzó al suelo de un terrible puñetazo sobre el prominente abdomen. Cossimo estaba sin fuerzas para resistirse y no protestó siquiera cuando el joven, agarrándolo por los pies, lo arrastró hasta el cuarto de baño, echándolo sin ningún miramiento dentro de la bañera.

Acto seguido abrió el grifo del agua fría, graduándola al mínimo de temperatura. Cossimo tosió y estornudó, ahogándose, a la vez que trataba de salir de la bañera, pero Cushing lo arrojó dentro una y otra vez, hasta que el rufián quedó dentro, tiritando y dando diente con diente, sin ánimos para intentar la evasión.

Miró al joven con ojos turbios.

—Y esta es solamente la primera parte del programa, Cossimo —dijo Cushing—. Todavía no he hecho más que empezar.

Se despidió de él, arreándole un formidable puñetazo en las narices que casi se las machacó, provocando una fenomenal hemorragia. Acto seguido, bloqueó la llave del agua, de modo que no pudiera cerrarse, y salió del cuarto de baño, cerrándolo con llave, la cual guardó en el bolsillo.

Se asomó al vestíbulo. El gorila continuaba tendido en el suelo. Cushing se dedicó entonces a arrasar el mobiliario del apartamento.

Cuando terminó, estaba jadeante y falto de aliento, y parecía como si hubiesen pasado por allí una manada de bisontes en estampida. Sonrió satisfecho; ya era hora de que Cossimo empezase a tomar una buena dosis de la medicina que recetaba con tanta frecuencia a los demás.

Salió al vestíbulo, arreglándose maquinalmente la ropa. Entonces vio que el gorila se sentaba en el suelo, llevándose las manos a la cabeza.

Cushing sonrió. Acercándose de puntillas a una mesita de centro, tomó con ambas manos un monumental búcaro de porcelana, en el que se veía un gran ramo de flores. Quitó estas, arrojándolas a un lado. Después, volcó el agua del jarrón sobre la cabeza del gorila, el cual lanzó un chillido de susto.

El joven cortó el chillido en seco, haciendo polvo el búcaro contra el cráneo del gorila. Este se tendió de nuevo a dormir.

A continuación, Cushing salió de la casa, cerrando también con llave el apartamento. Lanzó la llave todo lo lejos que pudo y se encaminó al ascensor.

Una vez en la calle, caminó con paso vivo unos cuantos metros. De pronto, cuando ya estaba a punto de llegar a la esquina más próxima, divisó la silueta de una mujer apoyada contra el farol que había en aquel lugar.

La mujer permanecía en actitud indolente, con el cigarrillo pendiente de los labios. Con paso lento y cauteloso, Cushing se acercó a ella.

Sacó un fósforo y lo acercó al extremo del pitillo.

—La próxima vez que la vea le regalaré un encendedor, Lilí Marlén.

Ella se volvió y le miró largamente a través de unas pestañas densamente cargadas de *rímel.* Aspiró el humo, mientras sonreía suavemente.

—¿Estaba muy caliente el infierno, buen mozo?

CAPÍTULO V

Cushing agarró el brazo de la mujer, notando a través del tejido la firme morbidez de la carne que había debajo.

—Calma, abogado —dijo ella con su voz característica—. Si quieres invitarme a una copa, iré de buena gana. Pero no es necesario que me trates de ese modo.

Cushing la soltó.

—Está bien —dijo—. ¿A dónde quieres que vayamos?

—Aquí, a la vuelta, hay un local adecuado —respondió ella. Despegó la espalda del farol, abrió la boca y dejó caer el pitillo, aplastándolo cuidadosamente con el zapato—. ¿Vamos?

Cushing se emparejó con la mujer. Se sentía muy aprensivo por caminar en compañía de una individua cuyo aspecto resultaba inconfundible, pero el hecho era que no podía evitar hacerlo. Procuró alargar el paso en lo posible, con el fin de acabar cuanto antes con lo que estimaba una especie de suplicio poco agradable.

Dieron la vuelta a la esquina y caminaron durante unos cien metros. Llegaron a la entrada de una taberna, cuya puerta se abría a un metro y medio bajo el suelo. Ella le precedió, contoneándose exageradamente.

La taberna, pese a hallarse cercana a una de las calles más concurridas de la ciudad, ofrecía un pésimo aspecto. El ambiente era fétido y estaba cargado de humo de tabaco.

La mujer buscó una mesa situada en un rincón, sentándose con la espalda a la pared. Cushing se sentó frente a ella.

Un camarero acudió. El joven puso sobre la mesa un billete de cinco dólares.

—Dos copas del bueno —dijo secamente.

Permanecieron en silencio, hasta que el camarero hubo traído el licor. Entonces, la mujer levantó su vaso.

—Salud, buen mozo.

Cushing contestó con algo intraducible. Bebió un sorbo y dejó el vaso nuevamente sobre la mesa.

—Y ahora, Lilí Marlén, o como demonios te llames, habla de una vez.

Ella sonrió, dejando ver una dentadura deslumbrante. Cushing la contempló, dándose cuenta de que no había cumplido aún los veinticinco

años, pero que parecía mayor a causa de la desastrosa forma que tenía de aplicarse los cosméticos.

—¿De qué quieres que hablemos, abogado?

—En primer lugar, tú me has llamado por teléfono esta mañana.

—Sí. Quería interesarme por tu salud.

—¿Cómo supiste mi número de teléfono?

—La guía, claro.

—Para buscar en la guía, es preciso antes saber el nombre de la persona con quien se quiere hablar —alegó el joven.

—Por supuesto.

—¿Quién te dijo mi nombre?

—Un amigo.

Cushing empezó a impacientarse.

—Mira, chica, no me vengas con evasivas. Anoche estabas en un lugar por dónde yo tenía que pasar. Ahora vuelves a aparecerte de nuevo en mi camino. ¿Quién eres tú? ¿Qué pretendes de mí?

Ella se apoyó en la pared, haciendo resaltar la turgencia del busto, a la vez que sonreía provocativamente.

—Casualidad, supongo.

—¿Casualidad también hallarte en las inmediaciones del domicilio de Cossimo? Oye, chica, ¿qué clase de individua eres tú?

—Cualquiera lo vería en el acto, ¿no?

—No me refiero a eso —dijo él, muy fastidiado—. Pregunto qué es lo que pretendes de mí.

—Divertirme un poco, simplemente. Anoche creo que se produjo un terremoto en el almacén del callejón. ¿Qué suerte ha corrido Cossimo esta noche?

—No ha muerto, si es eso lo que quieres saber. Y, a propósito, ¿es Lilí Marlén tu verdadero nombre?

—La mitad solamente.

—¿Anterior o posterior?

—Anterior.

Cushing sacó tabaco. Ella se apoderó de un cigarrillo y se lo puso entre los labios.

—Es una costumbre mía —dijo—. Nunca llevo fuego... excepto dentro de mi misma —añadió intencionadamente.

—Fuera —gruñó el joven—. A otro perro con ese hueso. A mí lo que me interesa es saber quién te dijo mi nombre y lo que haces en mi camino.

—Ya te lo he dicho antes. Divertirme un poco. ¿No es maravilloso que haya alguien, al fin, que se haya atrevido a levantar el gallo a Cossimo y su pandilla?

Cushing frunció el ceño.

—¿Tienes tú algo en contra de ellos?

Lilí levantó los hombros.

—Pudiera ser —dijo.

—¿Te extorsionan?

—Hasta ahora, no.

—¿Entonces…?

—Me son antipáticos, simplemente. Podrá parecerte raro, pero detesto a toda esa clase de gente. Y me alegra ver que hay alguien con suficiente valor como para enfrentarse a ellos. ¿Qué le has hecho a Cossimo?

—Le he dado una buena paliza y luego le he encerrado en el cuarto de baño con llave. El grifo del agua fría está bloqueado y no podrá cerrarlo.

—Pero Cossimo siempre tiene un gorila o dos de vigilancia permanente junto a él.

—El que estaba de guardia llevó también lo suyo.

La mujer exhaló una suave carcajada.

—Divertido, divertidísimo —comentó—. Tuve un gran acierto al situarme cerca de ti, buen mozo.

—Pero ¿quién diablos te dijo que yo iba a pasar anoche por aquel lugar?

—Bueno, estaba esperando —respondió ella.

Cushing apretó los labios.

—No sería a mí —gruñó.

—¿Quién sabe? —sonrió Lilí ambiguamente.

—Está bien. Supongo que habrás leído los periódicos esta mañana.

—Sí, por encima.

—Entonces, sabrás que uno de los gorilas de Cossimo murió acribillado a balazos. ¿Fuiste tú?

Ella vaciló un poco. Entonces, Cushing, con gesto rápido, se apoderó del bolso que Lilí había dejado sobre la mesa, al sentarse.

La joven quiso impedírselo, pero era ya tarde. Cushing había abierto el bolso, divisando en el fondo del mismo el brillo plateado de un revólver de pequeño calibre.

Cushing cerró el bolso con seco chasquido.

—Conque fuiste tú —dijo acusadoramente.

—Supongámoslo —respondió ella con gesto desafiador—. ¿Te importaría mucho?

—Al contrario; tengo motivos para estarte sobradamente agradecido. Pero lo que sí deseo saber es por qué me ayudaste.

Lilí se puso en pie. Respiraba afanosamente.

—Eso es cuenta mía, buen mozo. Gracias por la copa.

Cushing disparó la mano, atenazando la muñeca de la joven.

—No tan pronto, chica —dijo—. Siéntate; quiero saber…

—¡Suéltame! ¡Suéltame, te digo! —forcejeó ella—. Ya he hablado bastante. ¡Déjame en paz!

El forcejeo duró bien poco. De pronto, unos dedos tocaron el hombro del joven.

Cushing se volvió. Un individuo le miraba con gesto irritado.

—Suelte a la chica, lechuguino. ¿Es que no ha oído lo que le dijo?

—¡Métase usted en sus asuntos, estúpido del demonio! —respondió el joven coléricamente.

—El estúpido lo será usted —contestó el otro, largándole un puñetazo, que Cushing consiguió evitar por milagro.

Respondió con otro al estómago de su inesperado oponente, alzándolo acto seguido en vilo con un demoledor derechazo al mentón que lo lanzó contra una mesa, la cual se quebró en mil astillas con estremecedor crujido.

Había una pareja en la mesa. La mujer empezó a chillar, en tanto que el hombre prorrumpía en mil denuestos y maldiciones contra Cushing, al mismo tiempo que se abalanzaba contra el autor del estropicio.

Con el rabillo del ojo, Cushing pudo ver que Lilí trataba de escapar. Quiso detenerla, pero el otro se le venía encima y se vio obligado a defenderse, arreándole un monumental puñetazo en el pómulo que lo derribó con los pies por alto.

Un tercer individuo se lanzó a la pelea contra el joven. Cushing se defendió certeramente, dándose cuenta de que el segundo atacante se ponía en pie y cargaba contra él.

Se deshizo de uno de los dos con un potente directo que lo puso fuera de combate en el acto. En el mismo momento, divisó la imagen de la muchacha en el umbral de la puerta.

Lilí sonreía burlonamente, muy divertida, al parecer, por el aprieto en que se veía el joven. Cushing se distrajo mirándola durante un segundo y esta distracción le resultó fatal.

Cuando se dio cuenta de que un puño avanzaba hacia su mandíbula, era tarde ya para esquivarlo. El puño estalló de pronto en su mentón con ruido atronador. Prodújose en su cerebro un enorme chispazo y luego todo cuanto le rodeaba desapareció de modo brusco.

CAPÍTULO VI

Leonard Farmsworth estrujó el periódico después de haberlo leído detenidamente. Frente a él, su hija Ada permanecía con los labios contraídos, muy rígida y erecta en su asiento, sin tocar la comida que había en el plato que tenía frente a sí.

—Eso solo podía hacerlo un tipo como tu Walt —gruñó el señor Farmsworth.

—¡Papá! —exclamó la muchacha, indignada.

—¡No rectifico una sola palabra de cuanto he dicho! —exclamó el financiero con tono colérico—. Te empeñaste en casarte con un tipo medio muerto de hambre y vas a salirte con la tuya.

—Walt no es un muerto de hambre —protestó Ada, escocida.

—No es un muerto de hambre —repitió Farmsworth sarcásticamente—, sino un abogado como los hay a dólar la docena en esta ciudad. Pero eso es lo de menos, si tú lo quieres y él se porta bien. En cambio, ¿has leído el periódico? ¿Sí?

Ada bajó los ojos al mismo tiempo que su busto se agitaba con rapidez.

—Sí, papá —murmuró.

—No me importa que te cases con él, si de veras lo amas. Pero que se porte bien al menos, que sepa vivir con respetabilidad, como las personas decentes, y no enredándose en peleas tabernarias en locales de dudosa reputación con borrachos y maleantes. ¿Crees que es ese el modo de comportarse de un futuro yerno mío? ¡Contéstame, Ada!

—Papá, antes de acusarle, esperemos a ver qué dice él en su defensa. No le acuses sin antes haberle oído, te lo ruego —dijo la muchacha.

El señor Farmsworth soltó un sonoro bufido.

—El periódico lo dice todo. ¿Qué más quieres?

—Cuando se enredó en la pelea, algún motivo tendría, ¿no crees?

El señor Farmsworth iba a decir algo, cuando, de pronto, una doncella de uniforme entró en el comedor.

—El señor Cushing solicita ser recibido por ustedes —anunció.

Ada se puso en pie con vivo gesto. Su padre, por el contrario, permaneció impasible.

—Hágale entrar, Mary —dijo la muchacha.

—Sí, señorita.

Unos momentos después, el joven entraba en el comedor. El ojo izquierdo de Cushing aparecía completamente amoratado y su labios inferior se veía aún hinchado, como consecuencia de los golpes recibidos la noche anterior.

—¡Walt! —exclamó la muchacha—. ¿Qué te ha sucedido?

—Me gustaría poder explicártelo, querida, pero… ¿Cómo está usted, señor Farmsworth?

—Esperando esa explicación que usted se niega a dar, por lo visto —contestó secamente el padre de la muchacha.

Cushing apretó los labios.

—Estaba hablando con un cliente y se nos acercó un borracho con ganas de pelea, eso es todo.

—Aquí dice todo lo contrario, señor mío —dijo el financiero, golpeando el periódico con el dedo índice—. Fue usted quien comenzó la pelea y no ese supuesto borracho, que no se menciona para nada en el reportaje, que por cierto aparece bien ilustrado con su efigie.

—El periódico dirá lo que quiera, pero yo sostengo una opinión y no pienso apartarme de ella. Ada, tú me crees, ¿no es verdad? —se dirigió Cushing a la muchacha.

Ada vaciló.

—Sí, Walt… pero es que encuentro la mar de extraño que te reunieras con tu cliente en un lugar semejante. ¿No tienes tu despacho particular, que has de acudir a tabernas de infecta reputación?

—Claro que sí, pero si el cliente me citó allí…

Sonó una irónica carcajada.



—Ando buscando a dos tipos

—¡Y vaya clase de cliente, amigo Cushing! —rio el financiero—. Si no estuviera delante mi hija, le contaría cuatro cositas acerca de esa dama... por defender a la cual organizó usted todo ese jaleo que le ha costado dormir una noche en la Comisaría de policía y verse luego ante un juez, que le ha pedido una fianza para ponerle en libertad.

—Yo no tengo la culpa de...

—Walt —dijo Ada repentinamente—, sería mejor que te dejases de reticencias y hablases con toda claridad. Solo así podré disculpar lo que te sucedió anoche.

—Debieras de creer en lo que te digo —exclamó él, dolido.

—Lo creeré cuando haya escuchado una versión completa de los hechos que proceda de tu boca y no de la pluma de un periodista ávido de sensacionalismo —respondió ella fríamente—. Ten en cuenta que el apellido Farmsworth ha salido a relucir y no para adquirir lustre, ¿me comprendes?

—Sí —dijo Cushing con voz ronca—. Lo siento. Perdóname.

—Explíquese antes —gruñó Farmsworth—. Es algo que estamos esperando.

Cushing inspiró con fuerza. Se daba cuenta de que no le quedaba otro remedio que hablar con claridad si quería obtener el perdón de Ada. Que el padre de la muchacha le perdonase o no, era cosa que le traía absolutamente sin cuidado.

Miró a Ada y la encontró más hermosa que nunca, con sus cabellos de un suave tono dorado, cuidadosamente peinados, fina, esbelta y de aspecto delicado, aunque no frágil, dueña de una silueta escultural, sin curvas exageradas, pero poseyendo en las que ostentaba una firme morbidez, que la hacía aparecer como una completa mujer de pies a cabeza.

—¿Walt? —exclamó ella impaciente.

—Es inútil —suspiró él—. No me entenderían ustedes. Estoy metido en un asunto...

—Habla, Walt, te lo ruego —insistió la muchacha—. Quizá entre papá y yo podamos ayudarte.

Cushing se resolvió al cabo. En pocas palabras explicó lo que le sucedía, aunque ocultando la participación que había tenido en las dos acciones realizadas contra Cossimo y sus hombres.

Al terminar, el rostro de Farmsworth estaba rojo de cólera.

—De modo que la policía no ha podido hallar la menor prueba contra ese bigardo (suponiendo que lo sea, porque la respetabilidad del señor Cossimo es algo que me parece fuera de toda duda...). ¿Y usted pretende conseguirlo por su cuenta y razón, sin ayuda de nadie?

—Exactamente, señor Farmsworth —comentó el joven con sincero acento—. Y quiero lograrlo. Deseo extirpar de la ciudad la corrupción que

existe en el Sindicato de estibadores de los muelles, cuyo jefe es el señor Cossimo.

—¿Y en qué se basa usted para sentar tal afirmación? —preguntó el padre de la muchacha.

—Mis pruebas no son suficientes para presentarlas ante un tribunal, pero sí para mí. Y esto es suficiente. Señor Farmsworth, Ada, ustedes no han visto, no conocen lo que sucede. Ignoran las viudas y los huérfanos que gimen por la ausencia total de sus deudos, ausencia debida a la insaciable codicia de ese energúmeno; ignoran los hombres que han quedado inválidos para siempre, debido a las palizas que les han propinado los sicarios de Cossimo; ignoran la extorsión que sufren los *dockers* honrados y decentes, quienes no se atreven a protestar, temiendo correr la misma suerte que otros compañeros que osaron levantar la voz contra semejante estado de cosas.

Cushing jadeaba.

—Ustedes —prosiguió— solo conocen la fachada externa de Jim Cossimo, la aureola de falsa respetabilidad en que se halla envuelto, la blanca losa de mármol que cubre un sepulcro hediondo y lleno de gusanos en su interior. Pero no ven el resto y yo quiero que lo vean y conozcan de una vez quién es ese tipo a quién todos llaman con suma deferencia el señor Cossimo. Y cuando estén enterados de todo, se horrorizarán, se lo aseguro.

Después de la apasionada perorata del joven, hubo una pausa de intenso silencio en la estancia.

Ada dijo al cabo:

—Querido Walt, admitamos que es cierto todo cuanto acabas de decirnos. Personalmente, me siento inclinada a creerte. Pero ¿por qué lo haces? ¿Es solo por el afán de castigar a un truhan como nos has descrito a Cossimo?

—No —contestó él con voz ronca—. Mis motivos, he de confesarlo, son un poco más egoístas. Hasta hace poco, había oído hablar de ese asunto, pero solo le había prestado una atención superficial. No fue sino hasta que mataron a un hombre que empecé a practicar las primeras investigaciones.

—Ahora lo recuerdo —dijo la muchacha—. Hablaste hace algún tiempo de que un viejo camarada de armas tuyo, un tal Roy Ellis, había muerto a consecuencia de un brutal palizón.

—Exactamente. Roy Ellis era el hombre.

—Un simple descargador de muelle —exclamó desdeñosamente el señor Farmsworth.

Cushing miró al padre de su prometida con ira no disimulada.

—Un simple *docker,* sí —contestó vehementemente—. Pero tan decente y tan honrado como el que más.

—Cushing —Farmsworth dio marcha atrás—, yo no he querido

ofenderle.

—Me lo supongo —dijo él aceradamente—. Pero *docker* o millonario, para mí es igual. Ellis era mi amigo y su muerte debe ser castigada como se merece. Fue de los pocos que se atrevieron a alzar su voz contra la corrupción existente en el Sindicato de estibadores y murió. El Sindicato está en manos de un granuja quien, auxiliado por una serie de tipos tan granujas como él, lo maneja a su antojo, con las consecuencias que son fáciles de prever, señor Farmsworth. Y yo pienso terminar con tal estado de cosas.

—Podría recurrir usted a la policía —sugirió el padre de Ada—. A fin de cuentas, nosotros, los contribuyentes, mantenemos un cuerpo de eficaces vigilantes que…

—No me haga reír —dijo el joven desdeñosamente—. Aunque sea cierto lo que usted dice, aun admitiendo la absoluta honorabilidad de todos los miembros de la policía, no pueden hacer nada porque no encuentran pruebas ni testigos, ya que los hombres de Cossimo se encargan de que no aparezcan unas y otros. Eso no sirve para mí, se lo aseguro.

—Walt —terció la muchacha—, comprendo tu pena por la muerte de tu amigo, pero debieras pensar también en mí. ¿Qué sería de mí si te sucediera algo?

El joven oprimió con suavidad la mano de su prometida.

—No me ocurrirá nada, puedes estar tranquila. Sé cuidarme.

—De todas formas —exclamó el señor Farmsworth—, no me gusta que mi futuro yerno ande por ahí haciendo el papel de un moderno don Quijote. No, Walt, no; empiece a pensar de otro modo o de lo contrario me veré obligado a tomar medidas drásticas con respecto a usted y a Ada.

Cushing miró a su futuro suegro sin inmutarse.

—En lo que a mí respecta —contestó firmemente—, ya puede ir empezando a tomar esas medidas. Si Ada me quiere tanto como me asegura, sabrá comprender mis motivos. Si fuera al revés, yo, no solo la comprendería, sino que la ayudaría con todas mis fuerzas —se volvió hacia la muchacha—. Eso es lo que espero de ti, querida.

—Pero… —murmuró Ada, irresoluta.

Los labios de Cushing formaron de repente una línea delgada.

—Está bien; ya sé a qué atenerme —y dio unos cuantos pasos hacia la puerta del comedor.

Ada corrió hacia él, agarrándole por un brazo antes de que saliera.

—Walt —exclamó—, tú también debieras hacer un esfuerzo y comprender a mí padre.

—Le comprendo demasiado —respondió el joven con voz helada—, y si no estuvieras tú delante, le diría la opinión que me merece. Tu padre es un personaje prominente de la ciudad, de gran peso en toda actividad cívica.

Si él me apoyase, otros hombres de su categoría me apoyarían igualmente y entonces, el imperio de Cossimo se desharía como un terrón en un vaso de agua caliente.

—¡Cushing! —exclamó Farmsworth—. Está usted dejándose arrastrar por unas ideas completamente descabelladas. ¿Cómo comprende que voy a apoyarle sin pruebas contundentes? Cossimo es un hombre respetable, al menos en apariencia, y se necesitan muchas y muy irrebatibles pruebas para poder actuar contra él.

—Si tuviese esas pruebas, no pediría su ayuda, señor Farmsworth —respondió el joven fríamente—. ¿No le basta mi palabra? ¿Cree que trato de engañarle?

Farmsworth fue a decir algo, pero Cushing le interrumpió.

—Está muy preocupado por su buen nombre y eso le impide ver lo que hay al otro lado, señor Farmsworth. No se preocupe, no volveré a hablar más del asunto. Y en cuanto a ti —miró a la muchacha—, piensa bien en la calidad de tus sentimientos hacia mí. Yo te amo sinceramente y no hay cosa que más desee que ser tu esposo; pero nunca antes de haber dado a Cossimo lo que me merece. Cuando hayas hallado la respuesta a esta interrogante que acabo de plantearte, recuerda mi número de teléfono. ¡Adiós!

Y salió de la estancia sin esperar ya a más.

Al quedarse solos, Ada volvió hacia su padre con el rostro compungido.

—Papá, se ha ido —gimió.

El señor Farmsworth iba a contestar con un violento exabrupto, pero se contuvo recordando los sentimientos de la muchacha hacia el hombre que acababa de salir.

—Volverá, hija, volverá —dijo, no muy convencido de lo que manifestaba—. Es joven y le arde la sangre, pero ya se le pasará.

CAPÍTULO VII

Jim Cossimo contempló sombríamente la fotografía que traía el *Herald* en primera plana. Detrás de él estaban dos de sus más conspicuos secuaces, dos individuos para quienes la vida de una persona tenía menos importancia que la envoltura vacía de un paquete de cigarrillos ya consumido: un delgado siciliano llamado Scalante y un fornido tipo de las montañas de Arkansas que respondía al nombre de Bemyss. Ambos eran diestros en el uso de las armas de fuego, y Scalante, además, un técnico en el uso de la navaja de resorte, en cuyo manejo había pocos que pudieran igualarle.

Un poco más allá estaba Dodds, el gorila que había recibido los golpes de Cushing. Ardía en deseos de vengar la ofensa y solamente la férrea disciplina que Cossimo había sabido imponer a sus hombres le había impedido salir directamente en busca de Cushing para llenarle el cuerpo de balazos, sin importarle las consecuencias posteriores.

El rostro de Cossimo mostraba claramente las magulladuras que le habían producido los reiterados golpes del joven. También él ardía en deseos de venganza, pero sabía dominarse y durante largas horas había estado buscando el modo de desquitarse, no solo del fenomenal palizón recibido, sino de los destrozos que Cushing había causado en su apartamento y que aún no habían sido reparados del todo.

Durante todo aquel tiempo, Cossimo había estado preguntándose quién podía ser el hombre que le había golpeado con tanta prodigalidad. Y la casualidad lo había puesto, al fin, en sus manos.

—De modo que es Walt Cushing, el prometido de la hija de Farmsworth —dijo, meneando lentamente la cabeza. Estornudó con violencia; la prolongada inmersión en el agua helada de la bañera había dejado rastros en su aparato respiratorio.

—¿Qué resuelve del tipo, jefe? —preguntó Scalante, limpiándose las uñas con la punta de su navaja.

—¿Cómo lo quiere? —preguntó Bemyss, con acento escalofriante.

—Quietos, muchachos; hagamos las cosas bien. Es preciso darle a ese individuo una lección tal que no la olvide en los días de su vida. De buena gana os enviaría a liquidarlo, pero la cosa armaría demasiado escándalo. No es lo mismo un Roy Ellis cualquiera, un levantisco estibador que

pretendía soliviantar a sus honrados compañeros de trabajo, que un Walt Cushing, el prometido de la hija de uno de los ciudadanos más prominentes y respetados de Cleaney Harbor. Su muerte armaría demasiado estruendo. Pero ahora... —y el morcilludo índice de Cossimo señaló la fotografía del periódico—, él mismo nos ha dado las armas con las cuales combatirle. Ya ha sido arrestado una vez por pelearse en una taberna.

Se echó a reír como si la idea que acababa de ocurrírsele le causara una gran diversión.

—Entonces, ¿qué de particular tiene que la policía se lo encuentre tendido en el suelo, con la cara morada a golpes y apestando a licor como uno de esos vagabundos de los muelles? Un segundo encuentro con la policía en tales condiciones sería para él un desastre completo. Las gentes como Farmsworth miran mucho por su buen nombre y la chica la daría el pasaporte, además de que se quedaría sin clientela en su bufete. ¿Me habéis comprendido?

Scalante y Bemyss rieron abundantemente.

—Es usted genial, jefe.

—Una idea magnífica patrón.

—Ese tipo —dijo Cossimo chirriando los dientes— me sorprendió una vez, pero ya no volverá a ocurrir.

Él dijo que emplearía el terror contra mí; pues bien, le devolveré la pelota. Vamos a ver quién de los dos puede más. Andad, muchachos, y cuidado no se os vaya la mano. Zurradle de lo lindo, pero que sobre todo no muera, ¿estamos?

—Comprendido, jefe.

—Déjelo en nuestras manos, señor Cossimo.

Los dos individuos salieron. Entonces, Cossimo se puso en pie.

—Dodds, ayúdame a vestirme.

—Sí, jefe.

—¿Garrity?

—Abajo, esperando en el coche.

—Muy bien. Vamos.

Un cuarto de hora más tarde, Jim Cossimo, acicalado y aseado convenientemente, salía del apartamento en dirección al ascensor. Iba muy fastidiado, porque pese a los cuidados de un médico especialmente contratado para la ocasión, las huellas de los golpes no habían desaparecido por completo de su rostro.

Salieron del ascensor, nueve plantas más abajo. Cruzaron la calle, entrando en el coche que se hallaba junto al bordillo de la acera. A aquellas horas, nueve de la noche, la circulación de transeúntes era escasa.

Cossimo frunció el ceño al ver a Garrity, otro de sus gorilas, en el lado derecho del coche.

—¿Qué te sucede? —preguntó—. ¿Por qué estás ahí?

—Jefe —balbució el forajido—, no me siento bien.

Si usted me permitiera... Mi estómago me está doliendo horriblemente...

—Está bien —contestó Cossimo—. Vete a casa y échate en la cama. Para lo que voy a hacer con Dodds tengo más que suficiente.

—Sí, jefe, gracias —Garrity se apeó y cruzó la acera con sorprendente rapidez, cosa que no dejó de extrañar a Cossimo. Pero como al mismo tiempo sabía que el gorila era un comilón, no le dio demasiada importancia a la cosa—. Conduce tú, Dodds; yo iré a tu lado.

Y palpó disimuladamente la pistola que llevaba en la funda sobaquera. Luego abrió la portezuela y se sentó junto al puesto del conductor.

Dodds dio la vuelta al coche, sentándose tras el volante. Hizo girar la llave de contacto, y en el mismo instante sonó un estampido, a la vez que la cabina se llenaba de un humo espeso y nauseabundo.

Cossimo lanzó un grito de espanto y se precipitó a abrir la portezuela. En el mismo momento, alguien, atacándole por detrás, le encasquetó en la cabeza, metiéndoselo hasta las cejas, un cubo lleno de una espesa masa de engrudo.

Sonó una alegre carcajada. Dodds fue a volverse, comprendiendo después del primer gesto, que todo había sido un simple susto, pero antes de que pudiera hacer nada, el cañón de una pistola le machacó las narices. Lanzó un grito y se desplomó de espaldas, aturdido por él dolor que sentía en el apéndice lesionado.

Cossimo bramaba de ira. También comprendía lo que le había sucedido. Forcejeó para librarse de aquella espesa masa que le ahogaba y al fin pudo quitarse el cubo de la cabeza. Cegado, tragando engrudo por boca y narices, salió a la acera tambaleándose.

Una mano compasiva le entregó un paño. Cossimo se limpió apresuradamente, mientras en su interior mascullaba mil amenazas e imprecaciones.

Al fin pudo limpiarse la cara mientras sentía a su alrededor el rumor de la gente que se había reunido al escuchar el estampido de la detonación, que no había causado ningún daño al coche. Abrió los ojos y en aquel momento relampagueó el *flash* de un fotógrafo.

Cossimo bramó de ira, al mismo tiempo que agitaba el puño en dirección al hombre de la cámara. Este captó el gesto y volvió a gastar otra lámpara de magnesio.

Por encima del griterío de la gente sonó una ruidosa carcajada. Cossimo se volvió, mirando a derecha e izquierda, pero no pudo ver al autor del desaguisado.

Las risas de la gente sonaron estruendosas en torno suyo. Y el forajido lloró lágrimas de sangre al darse cuenta de que al día siguiente no reirían

dos docenas de personas solamente, ni tampoco la ciudad entera, sino también un par de millares de cargadores de los muelles.

CAPÍTULO VIII

Cushing abrió el ojo derecho al oír el furioso repiqueteo de la campanilla de su teléfono. Alargó la mano y tomó el auricular.

Una voz que conocía muy bien sonó en sus oídos. No hablaba, sino que cantaba una canción.

Queremos volver a vernos
de pie junto a ese farol,
como aquella vez, Lilí Marlén…

Cushing se sentó de un salto en la cama.

—¡Lilí! —exclamó.

Sonó una risa alegre y cantarina.

—La misma, buen mozo. ¿Sabes que tienes el sueño muy pesado?

—Déjate de sueños —masculló él—. ¿Dónde diablos estás ahora?

—¿Y eso qué importa, abogado?

—¿Qué no me importa? —bramó el joven—. Pero ¿es que no te das cuenta del compromiso en que me metiste?

—Sí, suelo leer los periódicos, buen mozo. Tu prometida estará echando lumbre, ¿no?

—Estás muy bien enterada de mis cosas, Lilí. La faena que me hiciste fue indignante.

—Reconocerás que yo no tuve la culpa. Si no te hubieras metido en líos… Con haberme dejado marchar en paz, estaba todo resuelto.

—Visto desde ese prisma, tienes razón. Pero yo quería saber más cosas, ¿comprendes?

—Y yo no tenía ganas de seguir hablando más, buen mozo.

—¿Por qué?

—Curioso —le increpó ella suavemente.

—¡Lilí! —gritó Cushing—. ¿Dónde estás? ¡Necesito verte cuanto antes!

Ella desvió la cuestión.

—Te convendría leer los periódicos de esta mañana.

Cushing recordó el incidente de la noche anterior.

—Ha estado muy bueno —siguió la joven—. Jamás me había reído tanto como al ver la fotografía de Cossimo cubierto de engrudo de pies a

cabeza. ¿Cómo se te ocurrió una idea tan genial, buen mozo?

—Quería darle un susto —respondió el joven—. Conecté a la ignición del coche un petardo de humo, de los que se usan en la guerra para enmascarar las posiciones propias. Supuse lo que iba a suceder y llevé ya preparado el cubo de engrudo.

—Pero Cossimo tenía de guardia un tipo en el coche —alegó la joven.

—Le intimidé. Esos tipos, cuando están desarmados, pierden todo el valor.

—¿Sabes? Me he dado esta mañana una vuelta por los muelles.

—¿Y…?

—Los estibadores se están corriendo la gran juerga. Un par de matones de Cossimo aparecieron por allí y acabaron en el agua. Están vivos de milagro.

Cushing sonrió satisfecho. Su campaña empezaba a dar frutos. Si conseguía que los *dockers* se unieran, el poderío de Cossimo se disiparía como el humo del petardo que le había colocado en el coche la noche anterior.

—Eso me complace mucho, Lilí. Gracias por tus informes. Y, una vez más, ¿dónde estás?

—Secreto de estado —rio ella—. Antes, sin embargo, quiero decirte dos cosas.

—Habla —la apremió el joven.

—Una de ellas es que tengas mucho cuidado con dos tipos llamados Scalante y Bemyss —Lilí facilitó una descripción gráfica de los gorilas, y luego continuó—: Tengo la impresión de que el próximo susto, como no andes vivo, te lo vas a llevar tú, buen mozo.

—Estás muy bien enterada de las cosas, Lilí. ¿Cuál es la segunda?

—¿Se te ha ocurrido pensar en que quizá Cossimo, con toda su fachada, no sea sino un hombre de paja, tras el cual se esconde un individuo que es quien, en realidad, maneja los hilos del Sindicato?

Cushing respingó. La sugerencia resultaba nueva para él. Pero era interesante. Podía ser cierto, en realidad, había como para sospechar de que Cossimo gozaba de demasiada protección en la ciudad para los desafueros que cometía.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó.

Cushing notó una leve vacilación en la voz de la mujer.

—Te asombrarías enormemente si lo supieras.

—Vamos, habla, Lilí, no me tengas sobre ascuas.

—¿Recuerdas a un tal Ellis?

—¡Roy Ellis! —exclamó Cushing en el colmo del asombro.

—El mismo.

—¿Lo conocías tú?

—Sí.

—¿Qué significaba Roy para ti?

—Era mí... —la voz de la joven se estranguló de repente—: ¿Qué importa ahora ese detalle, Walt?

Cushing advirtió que Lilí había empleado su nombre por primera vez desde que se conocieran.

—Lo siento, Lilí —dijo.

—Gracias, Walt. Sí, Roy me contó algunas cosas, entre ellas esa que acabo de decirte.

—¿Cómo lo había averiguado él?

—Estaba haciendo pesquisas, creo. No le gustaba lo que sucedía en los muelles. Por eso le apalearon hasta matarlo.

—Y tú quieres ayudarme para vengar su muerte.

—Sí, Walt.

—Está bien, Lilí. Gracias por todo, pero, dime, ¿dónde estás?

—No te preocupes, buen mozo. Lo único que te pido es que tengas cuidado con Bemyss y Scalante. Son malos, muy malos.

—Yo seré peor que ellos, Lilí. Oye, y puesto que no quieres decirme dónde estás ahora, dime al menos dónde podré verte.

La voz de la mujer canturreó de nuevo:

...junto a ese farol,
como aquella vez, Lilí Marlén...

Y luego un suave "¡click!" indicó que había cortado la comunicación.

Cushing colgó lentamente el teléfono. Tomó un cigarrillo de la mesita adjunta y se lo puso entre los labios, aspirando el humo con fuerza. Luego se tendió en la cama, con las manos tras la nuca, mirando al techo.

—Junto al farol —repitió.

Meditó durante unos momentos en el diálogo que acababa de sostener con Lilí. ¿Cómo se había enterado ella de tantas cosas? Parcialmente podía explicarse por sus relaciones con Roy Ellis. Pero ¿y después? Claro que una mujer así podía ver y oír muchas cosas dado el medio en que habitualmente se desenvolvía. Esto podía constituir la segunda parte de la explicación.

Pero lo que no acababa de comprender eran los lazos que la habían unido a Ellis. Y el pensamiento le hizo fruncir el ceño.

Se sentó en la cama, arrojando rabiosamente el cigarrillo a un lado. ¿Por qué preocuparse por una mujer como Lilí? Él tenía a Ada y aunque se habían separado bastante enojados el uno con el otro, confiaba en que las aguas volverían a su cauce. Por supuesto, siempre estaría muy agradecido a Lilí, pero cuando todo hubiese concluido, debería dejar de verla. Sus caminos eran muy distintos y aunque de momento se deslizasen en direcciones paralelas, luego tomarían rumbos divergentes.

"¡Lástima de chica! Estropearse de tal modo", se dijo.

Después de vestirse, llamó a la oficina. Le atendió su secretaria.

—Señorita Thornton, hoy no acudiré a la oficina. No me encuentro bien, ¿sabe?

—Oh, cuánto lo siento —contestó la secretaria—. Espero se reponga pronto, señor Cushing.

—Gracias, señorita Thornton. Adiós —y colgó.

Revisó la pistola. Tenía mucho que hacer aquel día.

CAPÍTULO IX

Escondido en el portal de una casa frontera, Cushing contempló el merodeo de los dos individuos que rondaban su automóvil. Era ya de noche y la distancia más que regular, pero a pesar de todo los reconoció fácilmente por la descripción que de ellos le había hecho la joven.

Esperó un buen rato. Finalmente, vio que Bemyss y Scalante se metían dentro del coche, situándose ambos en la parte posterior del vehículo…

Esto era lo que esperaba el joven. Saliendo de su escondite, caminó calle abajo, calándose el sombrero hasta los ojos.

Caminó durante unos cincuenta o sesenta metros, cruzando después la calle. A continuación giró hacia su izquierda.

A unos diez o doce pasos del vehículo se detuvo un instante. Reanudó el camino con indiferencia. Llegó a la altura del coche.

De pronto pasó al otro lado, como si fuera a cruzarla calle. El ala del sombrero arrojaba una sombra oscura sobre su rostro.

Súbitamente, su mano izquierda abrió la portezuela trasera del mismo lado, a la vez que con la derecha armada encañonaba a los dos rufianes.

—Ni un solo movimiento —dijo— o tendré el gran placer de levantaros la tapa de los sesos.

Bemyss y Scalante se quedaron fríos. Se habían sentado en la parte trasera del coche, agazapándose en las sombras protectoras, esperando que el joven penetrase en el mismo por la parte anterior para sorprenderle entonces aplicándole el cañón de una pistola en la nuca y de repente se encontraban inmovilizados por el arma que Cushing empuñaba con fría decisión.

Ninguno de los dos gorilas se movió. Cushing sonrió suavemente.

—Creo que ya sabéis cómo las gasto, ¿eh? Barson y Mowbray podrían decir algo si vivieran, pero en este momento el único que escucha sus quejas es Satanás. ¿Queréis seguir vosotros sus pasos?

Bemyss y Scalante callaron. Entonces el joven dio un paso atrás, al mismo tiempo que giraba un poco, para ocultar la pistola a la vista de los posibles transeúntes.

—Recordad esto que voy a deciros, hijos de perra. Os estoy apuntando con la pistola, y si creéis que tengo miedo a armar ruido con los disparos, tratad de comprobarlo. El escándalo me importa menos que vuestros

cochinos pellejos, ¿estamos?

Scalante tragó saliva nerviosamente. Bemyss le miró con impotente expresión de futía.

—Primero tú, Scalante —dijo el joven—. Vamos, afuera. Con las manos en los bolsillos y olvídate de tu cuchillo.

El siciliano salió en silencio.

—Siéntate al lado derecho del volante. No intentes escapar, ¿estamos?

Después obligó a salir a Bemyss, situándolo en el puesto del conductor. Inmediatamente y con gesto rápido, pasó al asiento posterior, manteniendo la pistola en alto.

—El arma —dijo— no apunta a uno solo sino a los dos. El primero que ejecute un movimiento que no sea ordenado por mí, verá salir sus sesos por el cristal del parabrisas. Bemyss, levanta la mano derecha y échala hacia atrás. Tú, Scalante, las manos en la nuca.

Entregó al primero las llaves del coche.

—¡Arranca! —ordenó—. Sigue por Jefferson y dobla al llegar a la calle 24. No te desvíes ni intentes echar a correr.

El coche partió en el acto. La escena había durado apenas un minuto y el joven había hablado en voz normal, de modo que nadie había podido enterarse de lo sucedido.

Bemyss condujo el vehículo en la dirección indicada. Al llegar al término de la calle 24, Cushing le ordenó doblar a su izquierda, metiéndose en un callejón que daba a un muelle desierto.

—Para aquí —dijo, señalando una gran puerta, correspondiente a un viejo almacén de mercancías.

Lo había alquilado por la mañana, sabiendo que estaba completamente deshabitado. Ahora pensaba utilizarlo para sus fines.

Se apeó del coche.

—Salid los dos con las manos en la nuca —dijo—. Bemyss, en el manojo de llaves que te he dado está la de esa puerta. Hay un interruptor de la luz a la izquierda. Si tratas de escapar en la oscuridad, Scalante se quedará sin cabellera.

—Bemyss —dijo el siciliano, hablando por primera vez—, no corras.

—Gracias por tu cooperación —rio el joven.

—Escuche, Cushing —dijo Scalante—, le voy a dar un consejo: procure liquidarnos ahora. Si no nos mata, luego tendrá que lamentarlo.

—Bien, bien, menos palabrería. Ya hablaremos sobre el particular algo más tarde. Abre, Bemyss.

El gorila obedeció en silenció. Un momento después, el almacén quedaba iluminado.

Cushing cruzó el umbral. Cerró el portón a sus espaldas.

—¡Al suelo los dos y las manos atrás! ¡Tú aquí y tú a dos pasos de distancia!

Por este procedimiento desarmó a los dos pandilleros, arrojando las armas a un rincón.

—Ahora podéis poneros en pie. Volveos, quiero veros la cara… aunque me parece que luego habré de tomar bicarbonato, porque me dolerá el estómago.

Bemyss y Scalante giraron en redondo. Los ojos de ambos pandilleros brillaban con una demoníaca expresión de furia.

—Y ahora —dijo el joven—, vais a decirme quién es el jefe de Cossimo.

—¿Qué? —exclamó Bemyss—. Está loco, Cushing; Cossimo es su propio jefe.

Cushing levantó el pie derecho. Un instante después, Bemyss caía al suelo, lanzando aullidos de dolor a la vez que se agarraba el bajo vientre con ambas manos.

—Tú, Scalante, contesta a mí pregunta.

El siciliano se humedeció los labios. Estaba lívido de miedo. Sabía lo que les había ocurrido a sus compinches, dos de los cuales habían muerto y tres más estaban en el hospital con graves quemaduras; y sabía también el palizón que Cossimo había recibido, así como el pesado bromazo que el joven le había gastado dos días más tarde. Era lo suficientemente listo para comprender que se hallaba ante un hombre tan hábil y astuto como ellos, y con un valor muy superior incluso, puesto que no había vacilado en enfrentarse solo con una poderosa organización como era el sindicato de cargadores de muelle.

—No sé nada, se lo aseguro, Cushing —dijo, tragando saliva. Su prominente nuez subió y bajó espasmódicamente.

La mano del joven se movió con centelleante rapidez. Scalante se desplomó con un pómulo abierto, sollozando frenéticamente de dolor y de miedo.

—Ya es hora de que probarais esa medicina que tanto habéis administrado a los otros —masculló el joven—. ¡En pie, bastardos!

Uno tras otro, vacilando todavía, se incorporaron. Estaban muy abatidos, se veía claramente.

Bemyss extendió el brazo derecho en actitud suplicante —con el izquierdo se oprimía aún el vientre— y dijo:

—Escuche, Cushing, no sabemos en absoluto nada de lo que usted nos ha preguntado.

Otro golpe con la pistola. Bemyss perdió el conocimiento.

Scalante se lloriqueó. Cushing sintió náuseas al ver la actitud del individuo, llena de cobardía y abyección.

—No sé nada, no sé nada —repetía el siciliano una y otra vez.

Rodó por el suelo un par de veces. Cushing hubo de contenerse, dominando su furia. No pensaba en lo que aquellos individuos habían pretendido hacer con él, sino en la muerte de su amigo Ellis.

Durante unos momentos, Bemyss y Scalante permanecieron tendidos en el suelo, gimiendo y quejándose monótonamente. Seguro de que no se levantarían, pero sin perderlos de vista, Cushing se dirigió a la pared más cercana, donde había un grifo, y llenó un cubo de agua, cuyo contenido vació con pródiga imparcialidad sobre los gorilas.

La pareja se sentó en el suelo, tosiendo y estornudando. Cushing repitió la misma pregunta, obteniendo idéntico resultado.

Empezó a pensar que, en medio de todo, bien podía resultar que solo Cossimo supiera quién era su jefe. Había ciertas cosas que nadie más que él debía saber, para evitar compromisos, fue la conclusión a que llegó el joven, después de calcular que tanto Bemyss como Scalante estaban lo suficientemente "blandos" como para haberle dicho la verdad, caso de haberla sabido.

—Muy bien —dijo—. Poneos en pie y quitaos las chaquetas.

Los gorilas se habían rendido sin condiciones. Vacilantes y temblorosos, obedecieron sin rechistar.

—Ahora, cara a la pared. Apoyad en las manos en ella, dejando los pies a un metro de distancia y no os mováis ni para estornudar.

Retrocedió unos pasos hasta sin dejar de vigilar a los pandilleros, hasta encontrar la navaja del siciliano. Cambióse la pistola de mano y recogió el cuchillo, oprimiendo el resorte que hacía saltar la hoja.

Se acercó primero a Scalante, colocándose el cuchillo entre los dientes. Agarró la camisa por el cuello y dio un tirón. La espalda del forajido quedó al descubierto. Entonces tomó de huevo el cuchillo y le rozó la piel con la punta.

Fue una incisión de poquísima profundidad, apenas un par de milímetros, aunque suficiente para hacerle lanzar al individuo un sonoro alarido.

Después repitió con Bemyss la misma operación.

—Por si perdéis el habla cuando os vea Cossimo, al menos dejo mi firma —rio, tirando la navaja todo lo lejos que pudo.

Media hora más tarde estaban de nuevo en la ciudad. Hizo que Bemyss detuviera el coche a la entrada de la puerta de la casa donde vivía Cossimo.

Scalante se aterró.

—¿Nos va a hacer entrar ahí? —preguntó.

Sabía lo que le iba a suceder cuando se presentase ante su jefe, no solamente con la noticia del fracaso, sino terriblemente vapuleados por Cushing, cuyas iniciales llevaban grabadas a punta de cuchillo en la espalda. La cólera de Cossimo subiría a límites increíbles y aunque no dudaba de que, a la larga o a la corta, Cushing acabaría por perder, el primer choque lo iban a recibir ellos. Y no iba a ser nada agradable, por supuesto.

—Claro —replicó el joven con desdén—. ¿Qué esperabais? Cossimo me enviaba un mensaje; pues bien, yo le devuelvo la respuesta. Eso es todo, ¿no?

Bemyss habló.

—Escuche, Cushing —dijo—. Por lo que más quiera, no nos haga subir a casa de Cossimo. Haremos lo que usted quiera, nos iremos de la ciudad si lo desea, pero no nos obligue a…

¡Craack!

El caño de la pistola se abatió sobre el cráneo de Bemyss, acallando en seco sus protestas.

—Óyeme, Scalante —dijo el joven—. Vosotros pensabais darme un palizón de muerte, pero las cuentas os han salido equivocadas. Yo no soy uno de esos infelices estibadores que resultan presa fácil para tipos como vosotros. Y que Cossimo os degüelle o que os ponga una medalla en el pecho, me es completamente indiferente. De modo que ahora vas a agarrar a tu compañero y a sostenerlo como si estuviera borracho. Yo iré al otro lado ayudándote y, recuerda, mi dedo índice no se ha estrenado hoy todavía. ¿Quieres ser tú el primero?

—No, no —gimió horrorizado el pandillero, que estaba hecho literalmente una piltrafa.

—¡Pues andando! —ordenó Cushing, perentoriamente.

Salió el primero del coche y esperó a que Scalante arrastrase a Bemyss. La circulación era casi nula y las aceras estaban prácticamente desiertas.

Entre los dos cargaron con Bemyss, fingiendo transportaban a un individuo completamente borracho. El conserje nocturno del hotel sonrió comprensivamente al verle pasar hacia el ascensor.

Un par de minutos después llamaban a la puerta del apartamento de Cossimo. Cushing se había echado a un lado y blandía la pistola de modo que no dejaba lugar a dudas.

La puerta se abrió de repente y en ella apareció el repulsivo rostro de Dodds. Antes de que el truhan hubiera tenido tiempo de advertir lo que sucedía, Cushing dio un salto plantándose en el centro del umbral, ante los estupefactos ojos de Dodds.

Pegó un fuerte empujón con ambas manos a la pareja de gorilas y estos salieron proyectados hacia adelante, arrollando a Dodds. Los tres cayeron en confuso montón en el interior del vestíbulo.

Antes de que ninguno de ellos pudiera hacer nada, Cushing ya estaba en el ascensor camino de la calle.

De allí se dirigió a todo correr hacia determinado lugar, al que llegó diez minutos más tarde. Pero sé llevó una gran decepción.

El farol estaba solo aquella noche.

CAPÍTULO X

Jim Cossimo miró sombríamente a los individuos que tenía enfrente a sí.

Bemyss y Scalante estaban hechos una verdadera lástima. En cuanto a Garry Garrity, gemía de dolor a causa de la paliza que Dodds le había propinado por orden del jefe, como castigo por la deserción del automóvil. Los únicos que se encontraban medianamente bien eran el propio Cossimo y Dodds, pero también mostraban en sus rostros las señales de los golpes recibidos de manos de Cushing.

—De modo que ese maldito entrometido os sorprendió e hizo con vosotros lo que le dio la gana —mascullló al cabo.

—Así es, jefe —contestó Bemyss con dificultad, pues tenía los labios tumefactos—. Le aseguro que no pudimos hacer nada. Nos desarmó y...

—... nos llevó a un viejo almacén que hay en la calleja que da al muelle número ocho —concluyó Scalante, terminando el relato que había iniciado su compañero.

—¿Y qué más? —preguntó Cossimo, al borde de un paroxismo de cólera.

—Pues que nos arreó la gran paliza y que, para terminar, nos hizo algo con la navaja en la espalda.

Scalante se quitó la chaqueta y se volvió un momento.

Cossimo sufrió un ataque de furor. En la piel del individuo aparecían Claramente dos letras. La sangre estaba ya seca, pero las iniciales podían leerse con toda facilidad.

—¡Ese maldito bastardo, hijo de perra! —barbotó Cossimo, ciego de ira, pues demasiado comprendía la sangrienta burla que significaban aquellas iniciales en la espalda de sus hombres. Estuvo maldiciendo un buen rato, hasta que calló por agotamiento—. Dame de beber, Dodds —pidió al cabo, derrumbándose en un sillón.

Bebió un largo trago de licor. Luego miró a los rufianes.

—¿Y qué más? —preguntó—. Porque supongo que Cushing no os llevó al almacén solamente para daros una paliza.

—Estuvo preguntándonos cuál era el nombre de su jefe —respondió Scalante.

El rostro de Cossimo se cubrió de una capa de intensa palidez.

—¿Estás seguro de lo que dices? —bramó coléricamente.

—Por completo, señor Cossimo. Cushing nos repitió la pregunta una y otra vez, hasta que se convenció de que no sabíamos nada.

El “gangster” meditó unos segundos.

—Está bien —resolvió al cabo—. Podéis largaros, estúpidos. Y tú también, Garrity. Dodds se quedará aquí solo conmigo. Esperad mis órdenes en el sitio acostumbrado.

Scalante extendió las manos hacia Cossimo.

—Jefe —dijo, con acento en el que vibraba el odio más intenso—, denos una oportunidad. Déjenos actuar a Bemyss y a mí otra vez, y le aseguro que ese Cushing ya no volverá a molestarnos más.

—Vosotros os estaréis quietos mientras yo no diga una sola palabra, ¿estamos? ¡Fuera!

El trío se retiró lleno de abatimiento. Al quedarse solo con el otro acólito, Cossimo extendió la mano.

—Más licor —pidió, bramando de ira interiormente.

Estuvo un rato silencioso, hasta que, al fin, poniéndose en pie, se retiró a su dormitorio.

—Tú quédate a dormir en el vestíbulo. No creo que ese bastardo aparezca hoy por aquí. Pero si viniera…

—Entendido, jefe —contestó Dodds en tono ominoso.

En su dormitorio, Cossimo tenía un teléfono privado. Levantó el auricular y discó un número.

Esperó unos momentos. Al fin se dejó oír una voz de hombre en el otro lado de la línea.

—¿Sí?

—Escuche, jefe —dijo Cossimo—. Cushing ha vuelto a meter las narices en nuestros asuntos. Esto requiere una acción inmediata.

—¿Qué es lo que ha hecho ese entrometido?

Cossimo relató a su interlocutor lo que había sucedido aquella noche. Terminó diciendo:

—Y luego se entretuvo en preguntar a Scalante y a Bemyss por el nombre de mi jefe, por usted, en una palabra.

El “gangster” oyó al otro lado de la línea un claro rechinamiento de dientes.

—¿Se lo han dicho?

—Claro que no. ¿Cómo se lo van a decir, si no lo sabe nadie, excepto yo?

—Eso está mejor. ¿Alguna otra cosa?

—Nada más, excepto que necesito quitar de en medio ese estorbo. No podemos seguir tolerando por un momento más sus intromisiones. Anteayer, los estibadores se rieron de dos de mis hombres y acabaron echándolos al agua. ¿Se da cuenta de que lo que eso significa? Si los

dockers se envalentonan, la fuente se habrá secado, jefe.

—¿Has hecho algo al respecto?

—Sí. Ya ordené que tres de mis hombres dieran dos buenas palizas a los principales promotores del alboroto. Pero es ese maldito abogado el que más me preocupa. Si no hacemos algo contra él y pronto, acabará por derrotarnos del todo.

—Está bien —dijo el hombre del otro lado del teléfono—. Dadle un buen susto y…

—¿Nada más? Jefe, los sustos no valen con Cushing —se quejó Cossimo —. O le suprimimos de una vez o podemos liar el petate y largarnos de aquí.

—¡Haz lo que te digo! —bramó el individuo—. Un buen susto y ya está bien, ¿comprendes? Procura elegir a los más listos de tus hombres, para que no les suceda lo mismo que a Scalante y a Bemyss. Ah, y no vuelvas a llamarme; ya lo haré yo si lo considero necesario. Eso es todo.

Cossimo colgó el teléfono muy preocupado. Su boca se torció en una mueca de rabia.

“Un buen susto”, repitió. “Pretende conformarse con eso solamente. Bueno, ya veremos; hay personas que sufren del corazón y se mueren de un susto con toda facilidad”.

Sonrió perversamente mientras meditaba un plan de acción contra Cushing. Luego empezó a desnudarse para meterse en la cama.

CAPÍTULO XI

Cushing se despertó muy temprano aquella mañana. Alargando el brazo, atrajo el teléfono hacia sí y discó un número.

Una voz femenina, indudablemente cargada de sueño, contestó a sus llamadas.

—Buenos días, señorita Farmsworth —dijo seriamente—. Hace un día espléndido, la temperatura es de 17 grados, el cielo está casi completamente despejado y sopla un ligero viento del S. O. ¿Desea la señorita alguna otra información complementaria sobre el estado del tiempo?

—¡Walt! —exclamó Ada, agradablemente sorprendida—. Creí que te habrías olvidado de mí.

—Querida, ¿cómo puedes decir semejante cosa? Eso es un pecado horrible solo con pensarlo. Lo que pasa es que he estado esperando un par de días a que se te pasara el enfado. ¿Sigues enojada conmigo?

—Bien sabes que no, Walt —respondió ella—. Un poco triste, sí, desde luego.

—¿Por qué triste?

—Por ti y por lo que te sucedió.

—Olvídalo, cariño. Aquello ya pasó. Ahora es otro día y la gente se olvida con facilidad de lo que ocurrió el día anterior. ¿Cuándo podré verte?

—Ven a la tarde; es decir, si no tienes mucho trabajo.

—Bueno, trataré de complacerte, cariño. Me alegro de haberte despertado con tan favorable inclinación de ánimo hacia mí.

—Gracias, amor. Ah, oye, Walt, pasado mañana damos una cena. ¿Querrás venir?

—¿Querrá aceptarme como invitado el señor Farmsworth?

—Oh, qué cosas dices, Walt —exclamó ella, un tanto dolida—. Claro que te aceptará. Se enojó un poco el otro día, pero ya se le pasó.

—¿Qué dijo de mí?

—Solamente que eres joven y que la sangre te arde, eso es todo, Walt.

—Bueno, mejor que sea así, cariño. Hasta luego, Ada.

—Hasta luego.

Walt dejó el teléfono y encendió un cigarrillo. Estuvo fumando un buen

rato en la cama y cuando ya se disponía a levantarse, sonó el timbre del aparato.

Acercó este a su oreja. Entonces oyó que alguien silbaba unos compases de una conocida canción.

—¡Lilí! —gritó, sentándose de golpe en el lecho.

—Hola, buen mozo —dijo ella, con su acento característico.

—¿Dónde estuviste anoche? Te estuve buscando y...

—Estaba trabajando, abogado.

Cushing apretó las mandíbulas.

—Comprendo —dijo.

—Pues comprendes muy mal —respondió ella—. Estaba trabajando... para ti.

—¿Para mí? —repitió él, incrédulamente.

—Sí, pedazo de tonto —dijo ella—. Recogiendo informes.

—¿Qué informes?

—Esos que la policía no puede obtener. Ni tú tampoco, aunque quisieras, buen mozo.

—Sería mejor que te explicaras de una vez, Lilí —dijo el joven, bastante fastidiado. Y añadió—: No había nadie en el farol.

—Tenía algo más importante que hacer que sostener un farol —respondió ella sin inmutarse—. Escucha, ¿recuerdas que té dije que los *dockers* empezaban a reírse de Cossimo?

—Sí.

—También te dije que dos de sus matones habían acabado en el agua del puerto.

—Sí.

—Pues bien, los hombres de Cossimo actuaron ayer de nuevo. Fueron tres y, por separado, dieron sendas palizas a dos de los cargadores más conspicuos y que más se destacaron en el incidente del muelle. Uno de ellos ha muerto y el otro... bueno, es preferible no decirte cómo ha quedado.

Cushing hizo crujir sus mandíbulas.

—Cossimo no está dispuesto a que se rían de él —siguió la joven—. Por eso envió a sus tres gorilas a sentar las costuras a los *dockers*.

—¿Y qué más has averiguado?

—El nombre de los tres matones. Estas son cosas que se repiten en voz baja en los bares y tabernas del barrio portuario, pero que no llegan a oídos de la policía, ¿comprendes?

—Aguarda un momento —dijo Cushing. Buscó papel y lápiz y luego dijo: —Los nombres de esos tres forajidos, pronto.

—Dashell, Biffs y Karoyan. Cuidado con el último. Es un armenio con el tipo y las fuerzas de un Sansón. Lo reconocerás fácilmente porque lleva siempre la cabeza afeitada.

—¿Sabes dónde suelen estar?

—Ordinariamente se reúnen a jugar a las cartas en una habitación del piso superior de “El Pez Dorado”.

—¿El nombre de la calle?

—Peary.

—Gracias, Lilí. Tendré en cuenta lo que acabas de decirme.

—Sí, pero no te olvides de una cosa: esos tipos están deseando ajustarte las cuentas.

—Bueno, me acordaré de tu consejo. Oye, me gustaría verte otra vez, Lilí.

—Quizá lo consigas algún rato. Quizá…

Cuando la niebla se disipe,
me verás, de pie, junto al farol…

“¡Click!”

Cushing colgó el teléfono mientras terminaba la estrofa.

Como entonces, Lilí Marlén

Sacudió la cabeza.

—¡Lástima de chica! —murmuró.

Luego se vistió. Mientras lo hacía, meditaba un plan. Era preciso continuar con la campaña de terror contra Cossimo y sus compinches.

—Tendré que darme prisa, porque, de lo contrario, perderé la clientela y mi cuenta en el Banco no es muy floreciente que digamos.

Media hora más tarde salía a la calle. Había dejado el coche allí la noche anterior y en el bolsillo llevaba preparada una lista de cosas que debía comprar.

Se sentó tras el volante e insertó la llave de contacto en su ranura. Pero al ir a hacerla girar, contuvo el gesto.

Abrió la portezuela y se apeó. Levantó la tapa del motor, descubriendo un paquete de cartuchos de dinamita en el mismo, unidos por dos cables eléctricos al sistema de ignición.

Se estremeció al pensar en lo que podía haberle ocurrido de haber dado el contacto. La chispa habría inflamado el fulminante y el coche y él habrían volado en mil pedazos por los aires.

Arrancó los cables y quitó los cartuchos, haciendo luego el empalme. Dejó la dinamita en el asiento delantero y acto seguido arrancó.

Dos horas más tarde, entraba en el “Ocean Hotel”, cargado con una maleta. Pidió una habitación, que le fue concedida en el acto.

Un obsequioso botones le acompañó hasta su cuarto. Cushing le dio un dólar de propina y luego cerró la puerta con llave.

Estuvo trabajando durante otras dos horas. Eran ya casi las doce del

mediodía cuando dio por terminada su tarea.

Entonces sacó de la maleta un gran portafolios, en el cual echó dos paquetes. Cuando salió del hotel, el recepcionista no reconoció a aquel distinguido caballero, con las sienes plateadas y un discreto bigote, de corte militar, que ya empezaba a grisear, que llevaba en la mano un pesado portafolios de cuero.

Así disfrazado, Cushing se dirigió a su automóvil. Buscó una agencia de reparto, a la cual encomendó uno de los paquetes. Después marchó en otra dirección.

Se apostó cerca de un lugar determinado, esperando a que Cossimo saliera de su oficina en el sindicato. Alrededor de las cinco de la tarde vio salir al "gangster" acompañado de su guardaespaldas. Otro matón se hallaba al volante del coche de Cossimo.

Cushing aceleró sin ruido. Alcanzó en unos segundos al coche del rufián, situándose a su lado durante unos instantes. Ninguno de los pandilleros hizo otra cosa que dirigirle una mirada distraída. El aspecto que había adquirido el joven con su caracterización, aumentada por el correcto sombrero hamburgués que cubría su cabeza, no podía ser más inofensivo.

Y, de pronto, la mano del joven se movió con rapidez. Agarró el paquete de cartuchos de dinamita, unidos por medio de una cinta adhesiva, y lo lanzó al coche de Cossimo, introduciéndolo en el mismo a través de una ventanilla abierta.

Cossimo lanzó un chillido de espanto al ver caer a sus pies los cartuchos de dinamita, unidos a una mecha que humeaba de modo ominoso. El chofer también se dio cuenta del incidente.

—¡Para, para! —chilló el "gangster", abriendo la puerta y tirándose del coche en marcha. Dodds saltó como una liebre asustada por el lado opuesto.

Dos segundos más tarde, el coche, falto de dirección, porque el conductor también se había tirado al suelo, sin intentar detenerlo tan siquiera, se estrellaba con fenomenal estruendo contra otro que estaba parado junto a la acera.

Cushing rio abundantemente al ver de lejos lo ocurrido. Oyó sirenas de alarma y vio correr a los policías, pero cuando Cossimo quiso hacer algo contra él, ya estaba muy lejos.

Todavía no habían terminado las amarguras para Cossimo aquel día. Cuando, después de deponer en comisaría, quiso acusar a Cushing, el teniente que recogía los informes del accidente, se negó a aceptar la denuncia como acto criminal.

—Puede usted demandarlo por daños en su coche y aún en usted mismo, señor Cossimo —dijo el oficial de policía—. Pero nunca por intento de asesinato. Los cartuchos estaban vacíos; solo contenían serrín húmedo

en lugar de dinamita. Ya ve, ni siquiera estaban puestos los fulminantes.

Cossimo se retiró a su domicilio en un estado de ánimo imposible de describir. Había recibido algunos golpes y desolladuras en su precipitado salto del coche, y tenía un parche de cinta adhesiva en un pómulo, además de otros varios repartidos por distintos puntos del cuerpo. La rodilla derecha, sobre todo, le ardía como si se la hubiesen quemado con un hierro al rojo vivo.

Pero no era el daño físico lo que más le dolía, sino la cólera que le hervía dentro del cuerpo. Suponía a Cushing riéndose a mandíbula batiente y el solo pensamiento del miedo que había pasado al ver los supuestos cartuchos de dinamita al caer a sus pies, ponía en su ánimo ciegos trémolos de furia.

Llegó a su apartamento, vomitando mil blasfemias contra Cushing. Entró en él, seguido de sus dos secuaces y se sirvió un buen trago para ayudar a pasar el miedo.

Alguien llamó a la puerta.

—Dodds, abre con cuidado —rezongó.

El pandillero hizo lo que le decían. Un hombre de uniforme apareció ante sus ojos.

—Un paquete para el señor Cossimo —dijo.

—¿Quién lo envía? —preguntó Dodds suspicazmente.

—Aquí lo pone: Fargus McCormick —contestó el mandadero—. Firme el recibo, por favor.

Dodds accedió, olvidando por un momento sus recelos. McCormick era el abogado del sindicato.

Dio un dólar al mensajero y cerró, volviendo junto a su jefe.

—¿Qué traes ahí? —preguntó Cossimo.

—Un paquete que le envía el señor McCormick. No sé qué diablos puede ser…

—¿McCormick? —dijo Cossimo—. Trae acá. ¿No podía ese imbécil habérmelo anunciado por teléfono?

Agarró el paquete con ambas manos y ya iba a cortar los cordeles cuando, de pronto, sintió una extraña aprensión.

—Es extraño —murmuró.

Hubo unos segundos de silencio. El tic tac de un reloj se dejó oír de pronto en la estancia.

—¡Una bomba de relojería! —chilló Dodds a todo pulmón.

Los tres rufianes se atropellaron mutuamente en su loca carrera hacia la puerta. La categoría de Cossimo no fue respetada por Dodds ni por el conductor del coche, los cuales pasaron por encima de su jefe, atropellándole sin compasión en su ansia por huir de la explosión que iba a producirse a no tardar mucho con toda seguridad.

Aquella noche, Cossimo hubo de dormir en un hotel. Había avisado a la

policía para que desarmaran el mortífero artefacto, pero en el paquete solo se halló un artístico reloj despertador, cuyo único defecto era el excesivo ruido que hacía su maquinaria. Las carcajadas de los policías y de los periodistas que acudieron al olor del supuesto atentado se oyeron de una punta a otra de la ciudad. Y Cossimo no pudo descansar en toda la noche, pensando en los titulares de los periódicos del día siguiente.

—¡Hay que liquidarlo! —bramó una y otra vez.

En su interior pensó: “No me importa lo que diga el jefe. Ya estoy más que harto de ese maldito Cushing y voy a quitármelo de en medio a cualquier precio”.

Pero lo que apenas si se atrevió a confesarse a sí mismo, fue el espantoso miedo que había pasado en dos ocasiones durante aquel día tan agitado. Y, a su pesar, hubo de reconocer, que la campaña de terror que Cushing había desencadenado contra él y sus compinches iba adquiriendo notables proporciones y consiguiendo excelentes progresos.

CAPÍTULO XII

Cushing llegó a “El Pez Dorado” y pidió una cerveza, acodándose en el mostrador con aire reflexivo.

Había cambiado de indumentaria y vestía un grueso jersey de cuello alto, debajo de un chaquetón de paño azul, tocándose la cabeza con una sobada gorra de marino, prendas adquiridas todas ellas en un comercio de ropa usada. Con el aspecto que tenía podía pasar perfectamente por un lobo de mar buscando plaza en algún barco de carga.

Bebió la cerveza tranquilamente. Mientras lo hacía, estudió el local.

La taberna estaba llena de marineros y cargadores de muelle. Algunos retazos de conversaciones llegaron hasta sus oídos, junto con carcajadas provocadas por la lectura de las noticias de los periódicos.

Cushing ahogó una sonrisa. Al fin, dejando un cuarto de dólar sobre el mostrador, se dirigió con paso tranquilo hacia una puertecita situada en el lado opuesto.

La puerta daba a un rellano en el cual estaban los lavabos y a la izquierda se veía una escalera que ascendía al piso superior. Cushing escuchó atentamente durante unos segundos y luego empezó la ascensión con sumo cuidado de no hacer crujir los peldaños de vieja madera.

Llegó al piso superior. Había allí dos o tres puertas, por debajo de una de las cuales se veía una estrecha línea de luz. Aplicó el oído, escuchando rumor de voces.

—Aquí debe ser —murmuró.

Asió con la mano izquierda el pomo de la puerta y, haciéndolo girar, la abrió de repente. En la derecha blandía su pistola de modo que no dejaba lugar a dudas.

—¡Manos arriba todo el mundo! —ordenó perentoriamente.

Se dio cuenta de que había cuatro individuos, en lugar de tres, como le había anunciado Lilí. Ello no le importó demasiado, porque uno de ellos era conocido suyo: Scalante.

El rostro del siciliano adquirió de pronto un timbre lívido, mientras levantaba las manos. No obstante, tuvo un rasgo de humor.

—¿Es que no vamos a poder vernos nunca libres de usted? —rezongó.

Cushing sonrió:

—En tanto haya gente de vuestra ralea en Cleaney Harbor, lo veo un

poco difícil —respondió. Luego miró a los otros.

El aspecto de Karoyan, el armenio, le hizo estremecerse. Era un hombrón de dos metros de estatura y ciento veinte kilos de peso, con unos hombros anchísimos, lo cual hacía que, por contraste, su cabeza, completamente afeitada, pareciera más pequeña de lo normal. Los ojillos del rufián, escondidos tras unos párpados llenos de grasa, le miraron con odio no disimulado.

—En pie todo el mundo —ordenó—. Cara a la pared.

Los cuatro rufianes obedecieron sin protestar.

—Ahora —dijo el joven—, quiero saber quién os dio la orden de apalear a esos dos cargadores del muelle.

Ninguno de los bandidos protestó. Cushing cerró la portezuela de una patada y acto seguido apretó el gatillo.

La bala fue a hundirse en la pared, junto a la mejilla derecha de Biffs. Este dio un salto atrás, lanzando un gemido de pavor.

—¿Quién ha sido?

—Cossimo —el rufián deglutió sonoramente.

—Ya sé que fue Cossimo —exclamó Cushing—. Pero no me refería a él, sino a su jefe. ¿Quién es?

—Ya le dije que no… —empezó a decir el siciliano.

—Calla, Scalante; no estoy hablando contigo —masculló el joven—. Tú, Biffs o como te llames, contesta.

—No sé nada —rezongó el individuo.

Cushing disparó de nuevo. Esta vez, la bala le rozó el costado derecho, causándole en la carne la impresión de una aguda quemadura.

Biffs lanzó un aullido de dolor y empezó a lloriquear. Karoyan volvió la cabeza.

—Máteme —dijo con cierta serenidad—. Máteme, porque si no le mataré yo mismo. Le romperé las vértebras con mis manos, le…

El joven disparó de nuevo, esperando que las detonaciones no se oirían desde abajo. Karoyan se calló en el acto.

—Biffs, estoy esperando tu respuesta.

—Le juro que no sé nada, señor Cushing.

—Acércate —le ordenó el joven—. Pon las manos en la nuca.

Biffs obedeció con el más abyecto temor reflejado en sus ojos. Dio la vuelta a la mesa en torno a la cual habían estado sentados jugando a las cartas y se situó frente al joven.

Este levantó la mano derecha. El maxilar inferior de Biffs crujió sonoramente.

Mientras el pandillero se desplomaba en el suelo, completamente desvanecido, Cushing dijo:

—Esto por los dos individuos a quienes apaleasteis anteayer. Tú, Dashell, ven acá.

El nombrado se negó a obedecer.

—Tire contra mí si quiere, pero no me moveré de donde estoy.

—Muy bien —dijo el joven—. Serás complacido —y le atravesó el muslo derecho de un balazo.

Dashell cayó al suelo, agarrándose el miembro con las dos manos.

—No te quejes —dijo el joven fríamente—. Debiera haberte metido un balazo en la cabeza, pero parece ser que en los últimos tiempos me estoy volviendo bastante blando. ¡Ahora tú, Karoyan!

Los dientes del armenio crujieron. Empezó a darse la vuelta con suma lentitud.

Súbitamente, algo distrajo la atención del joven. Era un ligero ruidito que se oía al otro lado de la puerta de entrada al cuarto.

Volvió la cabeza un momento. Fue un movimiento instintivo, que no pudo evitar y que fue bien aprovechado por Karoyan.

El armenio se abalanzó contra el joven, bramando como un búfalo enloquecido.

—¡Ayúdame, Scalante! —gritó.

Pero el siciliano no se movió del sitio. Estaba tan asustado que no sabía qué hacer siquiera.

Cushing maldijo su torpeza al escuchar el rugido de Karoyan. Se volvió, viendo al gigante que se le echaba encima, con las manos extendidas.

Comprendió que solo podía detener el impulso del forajido de una sola forma. Sin vacilar, apuntó a la cabeza y disparó un par de veces.

Karoyan se detuvo en seco, frenado su ímpetu por los dos proyectiles calibre 45 que le habían entrado por el centro de la frente. Sus ojos miraron un instante al joven con infinita sorpresa.

Luego lanzó un ronquido y cerró los párpados. Su pesado corpachón llegó al suelo con sordo estruendo.

Scalante empezó a llorar.

—¡No dispare contra mí, Cushing, por lo que más quiera! —sollozó, muerto de miedo.

El joven iba contestar algo, cuando, de repente, la puerta se abrió un tanto.

—¡Walt!

Cushing sufrió un fuerte estremecimiento al reconocer la voz.

—¡Lilí!

—¡Vamos, pronto! —dijo la joven—. Aquí estás corriendo un serio peligro. Ven conmigo.

Cushing salió al corredor. Lilí estaba frente a él, vistiendo un pullover negro y pantalones muy ajustados del mismo color.

Abajo empezaban a oírse ya gritos y carreras.

Ella le tomó de la mano.

—Sígueme.

Cushing confió implícitamente en la muchacha. Corrió tras ella hasta alcanzar una ventana situada al extremo del corredor.

Lilí se sentó sobre el antepecho. Dio media vuelta y se dejó caer, agarrándose un instante con ambas manos al alféizar.

—¡Salta detrás de mí! —gritó, en el momento en que ella hacía lo propio.

Cushing enfundó la pistola. Saltó por la ventana, llegando al suelo, situado a cuatro metros escasos de distancia.

Lilí le esperaba al pie del muro.

—Ven.

Echaron a correr, sumiéndose en las sombras de la noche. Detrás de ellos quedaba un escándalo formidable.

Media hora más tarde, se hallaban en casa de la muchacha. Cushing se despojó del chaquetón y de la pistolera, arrojando las prendas, junto con la gorra, sobre un viejo diván cubierto con una cretona floreada.

El conjunto era modesto, pero limpio. En un aparador cercano, Cushing vio la fotografía de alguien conocido.

Se acercó, tomándola en sus manos. El rostro de su viejo amigo Roy Ellis le sonrió desde la cartulina. Advirtió que faltaba un trozo de fotografía en la parte inferior derecha, justamente el lugar donde había estado la dedicatoria. "A mi queri…", era todo lo que podía leerse.

Una mano rematada en cinco uñas sangrantes le arrebató la fotografía, dejándola en el mismo sitio. Cushing se volvió.

La muchacha se había cambiado de ropa. Ahora vestía una bata larga ceñida a su talle por un cinturón y muy ajustado de la misma tela. El busto le resaltaba opulento y macizo, con sólidas curvas, bajo la bata.

—Olvidemos a los muertos —dijo ella un tanto secamente.

Cushing la encontró más atractiva que de costumbre y se preguntó las causas. Pronto lo supo cuando advirtió que el rostro de Lilí estaba desprovisto por completo de todo cosmético, lo cual la hacía parecer mucho más joven.

—Sí —concordó—. Ocupémonos de los vivos. Gracias por tu inapreciable colaboración, Lilí.

—Ayer estuve en el farol —dijo ella—. ¿Por qué no fuiste?

—¿No has leído los periódicos? Estuve embromando a Cossimo.

Lilí se echó a reír. Preparó dos bebidas y le ofreció una a Cushing.

—Ha debido pasar un miedo espantoso.

—Sí, pero si yo no ando listo, vuelo con mi automóvil. Me habían conectado cuatro cartuchos de dinamita al sistema de arranque.

Ella tomó un sorbo con actitud pensativa.

—¿Qué has hecho en "El Pez Dorado"?

—Los tres individuos que golpearon a los *dockers* han recibido lo suyo. El armenio ha muerto, calculo.

—¿Tiraste a matar?

—No me quedó otro remedio —contestó él, haciendo una mueca—. Resultaba imposible detener a aquella apisonadora humana, si no metiéndole un par de balazos en la cabeza.

—Comprendo —murmuró ella.

—Me distraje un momento. Debió ser cuando tú llegaste a la puerta y oí un ruidito que se me antojó sospechoso. Volví la cabeza un segundo, y Karoyan se me echó encima.

Lilí se encogió de hombros.

—El mundo no pierde nada —comentó fríamente—. ¿Cuáles son tus planes para lo sucesivo, Walt?

—Tengo que descubrir al jefe de Cossimo. Ya sé —respondió el joven —, que acabaré echando a este de la ciudad. Pero el individuo que le gobierne, seguiría en la sombra impunemente, esperando mejores tiempos, hasta que consiguiera encontrar un segundo Cossimo. Y eso es lo que debemos evitar, ¿comprendes?

—Sí. Dame un cigarrillo, Walt.

Fumaron en silencio.

Al cabo de unos minutos, Cushing preguntó:

—¿Quién le dijo a Roy que Cossimo obedecía órdenes?

—No lo, sé. Nunca quiso decírmelo.

—¿Por qué?

—Sostenía la opinión que debía ignorar todo lo posible acerca de este asunto, por si un día me atrapaban esos forajidos y me torturaban.

Cushing se estremeció.

—Tenía razón, pero, ¡qué útil nos habría resultado que te lo hubiese dicho!

—Lo siento —contestó ella—. Pero ya sabes cuanto sé… hasta el momento.

Él joven la miró de frente.

—Lilí —dijo—, ¿qué era Roy para ti?

El seno de la muchacha se agitó perceptiblemente. Sus ojos brillaron de pronto.

—Era lo único que tenía en este mundo —contestó con voz ronca.

—¿Le querías mucho?

—Figúratelo.

Cushing sacudió la ceniza de, su cigarrillo.

—Créeme que lo siento, Lilí —se puso en pie—. Bien, ya es hora de que me marche.

Ella le agarró por el brazo ansiosamente.

—Quédate aquí, Walt —dijo.

—No, no puedo.

—¿Por qué?

El joven volvió la vista hacia la fotografía.

—¿Es a causa de Roy?

—Digamos que sí, Lilí.

La muchacha suspiró.

—Vete —dijo secamente.

Cushing se dirigió hacia la puerta. Una vez allí se volvió hacia ella.

—Lilí.

—¿Sí, Walt?

—Quiero que sepas que, a pesar de todo, te estimo profundamente y que no puedo por menos de agradecer con toda mi alma lo que has hecho por mí.

—Gracias, Walt.

Permanecía en pie, muy rígida, respirando afanosamente, con las manos caídas a lo largo de los costados.

—¿Lo haces solo por Roy?

—Y por ti.

—¿Por mí? —se extrañó el joven.

—Sí. Roy me habló muchas veces de ti y de la amistad que os unía. Decía que eras un verdadero amigo.

—¿Por qué no me llamó cuando aún era tiempo? Le hubiera ayudado y ahora, seguramente, estaría vivo.

—No quería meterte en líos —dijo.

—Alguna razón tendría, ¿no?

—Sí.

—¿Cuál?

—Ada Farmsworth.

—¿Ada? No entiendo.

—Roy decía que tú ibas a casarte con una chica de la buena sociedad de Cleaney Harbor y que no quería comprometerte. Por eso no te llamó.

—La buena sociedad me importaba y me importa un pito —contestó Cushing, irritado—. Los amigos son antes que nada.

Ella sonrió suavemente.

—Gracias, en nombre de Roy —de pronto se le acercó y puso las manos sobre sus hombros. Levantó los pies y rozó con sus labios los del joven—. Y gracias también de mi parte, Walt.

Le empujó con fuerza hacia la puerta y, casi sollozando, exclamó:

—¡Veté, vete!

Walt salió a la calle profundamente conturbado.

¿Se había enamorado Lilí de él? Y él mismo, ¿qué sentimientos albergaba hacia la muchacha, cuyo aspecto, en casa, había podido advertir era totalmente distinto al que presentaba cuando estaba en la calle? ¿Por qué pensaba tanto en Lilí? Pero, ¿no amaba locamente a Ada?

Sin darse cuenta, se encontró murmurando entre dientes:

Nos dijimos: "Hasta la vista.
¡Con qué placer me iría contigo,
contigo, Lilí Marlén!"

CAPÍTULO XIII

Ada estaba deslumbrante. Alargó sus brazos desnudos hacia el joven, tendiéndole las manos.

—Walt —murmuró apasionadamente.

Cushing la examinó de pies a cabeza. Ada vestía un traje negro, largo, sin otro adorno que un sencillo broche de diamantes y platino sobre el seno izquierdo. El vestido era muy ajustado hasta los tobillos y en el lado izquierdo tenía una abertura que llegaba hasta la rodilla, para permitirle caminar. Los hombros quedaban al aire, redondos, ebúrneos.

—Estás maravillosa, Ada —dijo él. Interiormente la comparó con Lilí. Eran dos mujeres completamente distintas, pero ambas soberanamente hermosas. ¿Cuál de las dos? —se preguntó, íntimamente, acongojado, mientras se esforzaba por sonreír.

Ada se colgó de su brazo.

—Ven, querido. Esta noche tenemos a la mesa a algunos de los hombres más preeminentes de la ciudad.

Cushing la miró con suspicacia.

—Por lo que he oído decir —prosiguió la muchacha—, parece que se va a discutir algo acerca del tema que tanto te preocupa a ti.

—¿De veras?

—Sí. Pero ya habrá tiempo de hablar sobre el particular. Vamos a tomarnos un *martini* mientras tanto.

Entraron en una salita, donde el dueño de la casa estaba hablando con varios invitados, todos ellos de respetable aspecto. Cushing reconoció en algunos de ellos a personajes conspicuos de la ciudad.

—¡Ah, Cushing! —exclamó el financiero, alargándole la mano—. Venga para acá, muchacho. Voy a presentarle a algunos de mis amigos. Le conviene ir conociéndolos.

Walt saludó gravemente a los invitados. Departió unos momentos con todos ellos, hasta que anunciaron que la cena estaba servida.

Mientras comían, se habló únicamente de temas intrascendentes. Finalmente, fue el propio anfitrión quien sacó a relucir el tema.

—Nuestro joven amigo, el señor Cushing, tiene ideas preconcebidas sobre el asunto que hemos empezado a discutir antes de la cena —dijo Farmsworth. Miró a Cushing—. Me refiero al jefe del sindicato de

estibadores, muchacho.

—Usted ya sabe cuál es mi opinión, señor Farmsworth —contestó el joven sin vacilar.

—Sí, se la escuché el otro día. Pero, por favor, expóngala delante de estos buenos amigos míos. Quizá entre todos pudiéramos ayudarle un poco, ¿no cree? Cushing sonrió.

—Vaya, parece que también usted está mudando de modo de parecer, señor Farmsworth.

—Sí —contestó el padre de Ada—. Leí en la Prensa lo que le había sucedido a Cossimo. También estoy enterado de lo que hicieron unos matones con dos infelices estibadores. Esto parece que refuerza sus manifestaciones, amigo Cushing.

Uno de los invitados terció de pronto. Era un destacado hombre de negocios de Cleaney Harbor.

—¿Está seguro de que esos matones actúan a las órdenes de Cossimo, señor Cushing?

—Por completo, señor Delaney. Lo único que desearía es tener las pruebas completas de los actos criminales de Cossimo para enviarlo a la silla o, al menos, a la cárcel de por vida.

—A mí me parece —dijo un tal O'Ballybagh, un rubicundo descendiente de irlandeses—, que tiene usted ciertas ideas formadas acerca del señor Cossimo, que no cuadran bien con la realidad de las cosas. Prejuicios, diría yo más bien, señor Cushing.

—¿Defiende usted a ese rufián, señor? —preguntó el joven.

—Amigo Cushing —dijo O'Ballybagh, sentenciosamente—, los informes que yo tengo acerca de Jim Cossimo no pueden ser más excelentes. En los últimos tiempos ha conseguido para los *dockers* una serie de evidentes mejoras que...

—Conozco las mejoras, señor O'Ballybagh —le interrumpió el joven fríamente—. En un año ha organizado un par de huelgas, que han tenido como resultado un aumento de casi un veinte por ciento en los sueldos de los estibadores, con respecto a los que regían el año anterior.

—¿Y no es ese un hecho que habla muy alto en favor del señor Cossimo? —preguntó el irlandés.

Cushing entrelazó los dedos y apoyó los codos en la mesa.

—Señor O'Ballybagh, cuando usted va por la calle y pasa por delante de un edificio, ve solamente la fachada. Pero para ver lo que hay dentro, le es preciso cruzar el umbral, ¿no es cierto?

—¿A dónde quiere ir usted a parar, señor Cushing?

—Déjeme que siga, por favor, señor O'Ballybagh —rogó el joven—. La gente no ve más que la fachada de ese veinte por ciento logrado en un año escaso. En cambio, nadie se detiene a pensar que más de la mitad de ese aumento va a parar a los bolsillos del rapaz señor Cossimo, sin contar con

las cuotas que ya percibía con anterioridad, no oficialmente, por supuesto, sino *sotto voce,* de los estibadores. Esas cuotas no figuran en el sobre de paga, sino que se les descuentan en el acto de percibir el jornal, de modo que si un *docker* cobra, por ejemplo, ochenta dólares semanales, entregará a Cossimo ocho dólares al menos del aumento obtenido ya citado, más, por lo menos, otros ocho más del sueldo primitivo. En total son dieciséis dólares por *docker.* Multiplique usted esto por unos dos mil descargadores, y obtendrá una suma aproximada de treinta y dos mil dólares semanales, es decir, más de ciento veinte mil al mes.

"Claro que el señor Cossimo tiene que dedicar una buena parte de esa suma al pago de los que pomposamente llama empleados del sindicato y que no son otra cosa que matones a sueldo, pagar también a algunos funcionarios y policías venales, más algunos otros gastos, cuyo monto es importante, pero aun así, la suma que le queda al cabo del mes es enorme.

—Parece que está usted muy bien enterado de las actividades de Cossimo —dijo uno de los contertulios, un próspero comerciante llamado Clay.

Cushing volvió la vista hacia el que acababa de hablar.

—Déjeme que le cuente aún otra cosa, señor Clay. Estores lo que no se ve, lo que está, como decía antes, detrás de la fachada, detrás una puerta que no todos pueden franquear. ¿De dónde piensa usted que ha salido ese aumento de sueldo a los *dockers,* que tantas simpatías ha granjeado al señor Cossimo entre las gentes simples de espíritu?

"La administración del puerto se ha visto obligada a aumentar las tarifas por estadía de los barcos que descargan sus mercancías en Cleaney Harbor. ¿Cuál ha sido la consecuencia inmediata de tal resolución? Muy sencilla: de día en día acuden menos barcos al puerto. Todavía se nota poco, pero con el tiempo se irá agudizando el problema más y más. El comercio se irá desviando hacia otros puertos con tarifas más asequibles y muchas de las mercancías vendrán a Cleaney Harbor por ferrocarril, porque resultará más barato una tonelada de víveres, por ejemplo, en Port Castle y traerla hasta aquí por tren, ya que la diferencia de coste superior que significa el transporte de esta forma, es inferior aún al aumento que han experimentado las tarifas por estadía en un año. Y si el comercio se resiente, ¿qué harán ustedes, negociante, banquero, comerciante, agente de Bolsa y demás?

El dedo índice de Cushing fue señalando uno por uno a los comensales, ninguno de los cuales encontró argumentos con los cuales rebatir a los justos alegatos del joven.

Uno de ellos, sin embargo, rompió el silencio de pronto:

—Joven, soy el director del "Herald", como ya nos presentó el señor Farmsworth. ¿Puedo publicar en mi periódico sus declaraciones?

Cushing meditó unos momentos.

—Es prematuro todavía, señor Leatroy. Carezco aún de pruebas suficientes para denunciar a Cossimo y sentarlo ante un juez y un jurado. Pero puede exigir desde las columnas de su periódico que se practique una investigación en el sindicato y exponer el descenso del comercio en los últimos tiempos. Esto espoleará a la opinión pública más que otra cosa. La gente soporta mucho, hasta las ofensas más graves, pero se revuelve enseguida cuando ve que la situación afecta al bolsillo. El descenso de estadías en el puerto, lo crean o no, ha sido de un ocho por ciento con relación al año anterior. ¿Pueden calcular los miles de toneladas que han dejado de entrar en Cleaney Harbor por mar?

—¡Maldición! —dijo uno de los comensales de súbito—. Creo que este joven tiene razón. Oye, Leatroy, tienes que hablar en tu periódico de este asunto, y pronto, ¿estamos?

—Desde luego, Delaney. Cuenta con mi apoyo en este aspecto.

O'Ballybagh se mostraba renuente todavía, pese a las argumentaciones del joven.

—Los *dockers* están contentos con el sindicato, señor Cushing —declaró —. No hace mucho se publicó una encuesta al respecto...

—Todos los que contestaron a las preguntas de los investigadores eran hombres a sueldo de Cossimo o atemorizados por sus matones. Ninguno de ellos pudo expresar libremente su opinión acerca del asunto —dijo Cushing tajantemente.

—Está achacando a Cossimo muchas cosas que son solo producto de guerras entre pandilleros de menor cuantía —masculló el irlandés—. La opinión que me merece el señor Cossimo es absolutamente respetable y lo haré saber así en cualquier lugar y ante cualquier investigador que me preguntase sobre él.

—En casa del señor Farmsworth —sonrió Cushing— todos somos libres para expresar nuestras opiniones.

Vístase usted con ropa de faena y vaya a descargar sacos de café al puerto. Luego, cuándo le paguen sesenta y cuatro dólares por ochenta que firmará en la nómina, intente expresar *libremente* su opinión acerca del jefe de su sindicato. Acabará recibiendo una paliza mortal, si no con una piedra al cuello.

—¡Bah! —dijo O'Ballybagh despectivamente—. No se puede hacer caso de un hombre que se mezcla en peleas tabernarias con borrachos, tahúres y trotonas. Su palabra no me merece el menor crédito, señor Cushing — terminó ofensivamente el irlandés.

—Pat —dijo el dueño de la casa con severidad—. Contén la lengua. Mi hija está delante.

—Lo siento, Ada —murmuró O'Ballybagh—. Pero no pude contenerme al ver que se insulta aquí a un hombre decente —se puso en pie, retirando la silla con estrépito—. ¡Buenas noches a todos!

Después de la marcha de O'Ballybagh se hizo un silencio penoso en la estancia.

Ada miró a Cushing. El joven permanecía erecto en su silla, pero con la vista fija en el plato.

La muchacha puso la mano encima de la de su prometido.

—Walt —murmuró.

Cushing alzó la vista. Miró a Ada y luego a su padre.

—Lamento haber dado este espectáculo, señor Farmsworth. Le suplico mil perdones.

—Eres tú quien debe perdonarme, muchacho. El cuñado de O'Ballybagh es el presidente de la junta de administración del puerto. Olvidé decírtelo antes.

Cushing se puso en pie.

—De todas formas, les he estropeado la reunión. Excúsenme todos, por favor.

Y salió del comedor.

Ada corrió tras él, alcanzándolo en el vestíbulo.

—¡Walt!

El joven se detuvo, pero no volvió la cabeza.

Ella se le acercó, pasándole las manos por debajo de los brazos y apoyando la cabeza en sus anchas espaldas.

—Walt —murmuró—, quiero que sepas que, a pesar de todo, sigo amándote.

—No —contestó él—. Mejor será que me olvides. Recuerda lo que dijo O'Ballybagh. No se puede creer en la palabra de un hombre que anda mezclado en peleas tabernarias con tahúres, borrachos y…

—Calla, por favor, Walt —dijo ella—. No vuelvas a hablar siquiera del asunto.

Se separó de él, situándosele enfrente. Luego colgó sus brazos del cuello del joven.

—Walt —murmuró apasionadamente.

Cushing hundió su mirada en la de Ada. Irresistiblemente atraído hacia la muchacha, rodeó su esbelto y flexible talle con los brazos, acercándola hacia sí.

—Ada —murmuró.

Un cálido aliento le acarició el rostro. Los rojos labios de Ada se entreabrieron.

Cushing inclinó la cabeza. Mientras las dos bocas se confundían en un apasionado beso, él rememoró inconscientemente los versos de una canción.

…se me ofrece, como en sueños,
tu boca enamorada…

...como entonces, Lilí Marlén.

De pronto sintió dentro de su ánimo una furia ciega e irrazonada contra sí mismo. Desasiéndose con brusquedad del abrazo, soltó a la muchacha y echó a correr.

CAPÍTULO XIV

Nuevamente estaba Cossimo al borde de un ataque de apoplejía. Dodds, Scalante, Bemyss y Garrity temblaban de pánico ante la ira que se reflejaba en el rostro de su jefe.

—Erais cuatro contra uno —bramaba el “gangster”—. Y ese maldito abogado del diablo hizo con vosotros lo que le dio la gana.

—Jefe —se atrevió a hablar Scalante—, tendría que verle usted en acción. Es un huracán, un tornado; no hay nada ni nadie que lo detenga. Cuando se tiene delante a ese tipo con la pistola en la mano, lo más prudente es hacer lo que diga. De lo contrario, se corre el peligro de acabar como Karoyan.

—¡Imbéciles! ¿Para qué os creéis que os pago unos sueldos tan magníficos? Es preciso jugarse el tipo de vez en cuando, no limitarse a administrar palizas a unos estibadores que no pueden defenderse.

—Bien, jefe, pero es preciso tener alguna posibilidad. Y cuando Cushing está con la pistola en la mano, no hay posibilidades que valgan. Ahora, si usted quiere, le prepararemos una encerrona y...

El timbre de un teléfono sonó de pronto. Scalante se interrumpió.

—Esperad aquí un momento —gruñó Cossimo—. Luego discutiremos un plan para terminar con ese entrometido.

Cossimo se dirigió a su dormitorio, cuya puerta aseguró con llave. Levantó el aparato.

—¿Sí? —dijo.

—Venga —exclamó una voz imperativa.

—Pero, jefe...

—No discuta —ordenó la voz—. Venga. Usted solo, Cossimo.

—¿Solo?

—Sí. No quiero que ninguno de sus hombres sepa el lugar donde nos reunimos.

—Está bien. Pero Cushing...

—Es precisamente de ese individuo del que tenemos que hablar.

—Esto no me gusta —se quejó Cossimo—. Si voy solo, Cushing podría sorprenderme y...

—Sería mucho peor para usted que mañana publicara el “Herald” la verdadera historia de Jim Cossimo. Venga.

Sonó un chasquido. Cossimo colgó el teléfono y se limpió el sudor de la frente con un pañuelo.

¡Acudir solo a la cita con su jefe! Las carnes se le abrían solo de pensarlo. Hasta ahora, las acciones directas de Cushing contra su persona se habían limitado, aparte del primer y soberano palizón, a unos pesados bromazos que le habían metido el miedo en el cuerpo. Pero, ¿y si el abogado se cansaba de bromas y le daba el susto definitivo?

Sin embargo, no tenía otro remedio que obedecer. Compuso el gesto y abandonó el dormitorio.

—Tengo que salir, muchachos. Garrity, ¿el coche?

—Abajo, jefe.

—Bien, esperadme aquí. Volveré dentro de poco.

—¿Se marcha solo? —preguntóle Dodds, asombrado.

—Sí —gruñó Cossimo de mal talante—. Y no hagáis preguntas, ¡rayos!

Abrió la puerta y miró a derecha e izquierda, al mismo tiempo que metía la mano en el interior de su chaqueta.

Bajó a la calle en el ascensor. Antes de cruzar la acera, oteó el panorama. Todo parecía perfectamente tranquilo.

Corrió hacia su coche, sentándose tras el volante, con el corazón completamente desbocado. La frente le brillaba por el sudor como si se la hubiese untado con mantequilla fundida.

Fue a dar el contacto, pero se contuvo de pronto. ¿Y si aquel bastardo de Cushing le había puesto una bemba de dinamita en el motor?

Con mano frenética, buscó en la guantera una linterna. Salió del coche y examinó minuciosamente el motor. Respiró aliviado al ver que todo estaba en orden.

Volvió de nuevo tras el volante. Aun así no se fiaba cuando le dio el contacto y no pudo por menos que vaciar el aire de sus pulmones cuando comprobó que no ocurría nada.

Embragó y pisó el acelerador, saliendo de estampía. ¿Y si Cushing andaba rondando por los alrededores? Tenía miedo, un miedo loco, cerval, aunque, por supuesto, procuraba no demostrarlo delante de sus secuaces. Pero estaba terriblemente asustado, como no lo había estado en su larga vida de crímenes y depredaciones sin cuento. Scalante tenía razón; el abogado era un verdadero demonio.

De pronto, el automóvil se detuvo con terrible estruendo. Algo crujió terroríficamente bajo el suelo del vehículo, a la vez que un fogonazo deslumbrante iluminaba aquel sector de la calle como si fuera de día.

A veinte metros tras él, un farol del alumbrado se dobló con ruido atronador. El estrépito se oyó en cinco o seis manzanas de casas a la redonda.

Las llamas envolvieron al coche en el acto. Loco de pánico, Cossimo abrió la portezuela y salió del vehículo, que ya ardía en pompa. Sacó la

pistola y empezó a tiros por todas partes, ciegamente, sin saber lo que se hacía, mientras corría de un lado para otro, materialmente enloquecido por el espanto.

Sonó una sirena de alarma. Un patrullero policial se le acercó a todo gas. Sollozando frenéticamente, Cossimo se echó en brazos de los guardias.

—¡Por el amor de Dios! —gimió—. ¡Protéjanme! ¡Quieren asesinarme! ¡Protéjanme, se lo suplico!

Se dejó caer de rodillas, abrazándose a las piernas de un guardia, mientras lloraba como un niño. Las lágrimas resbalaban por sus mofletudas mejillas, enrojecidas por la luz del incendio.

—¡Quieren matarme! —repetía obsesivamente una y otra vez—. ¡Quieren matarme! ¡Protéjanme!

Los policías miraron compasivamente al "gangster". Uno de ellos lo tomó por el brazo y lo metió en su coche. Conocían las turbias actividades de Cossimo, aunque este se hubiera escudado tras una aureola de falsa respetabilidad y, aunque estaban obligados a protegerlo, en su fuero interno se alegraban de que alguien le diera su merecido.

Ayudado por los agentes regresó a su domicilio en un estado de postración nerviosa que se parecía mucho a la locura. Pese a todo, conservó el conocimiento suficiente para despedir a los guardias y quedarse a solas con sus gorilas.

Cuando los representantes de la ley se hubieron ido, empezó a soltar bramidos.

—Buscadme a Cushing y matadlo en el acto. Donde esté, no me importa en absoluto —chillaba—. Quiero que me lo traigáis muerto, ¿estamos? ¡Ese tipo tiene que morir! ¡No quiero oír hablar más de él!

Los gorilas se miraron mutuamente. Bemyss y Scalante iniciaron la salida.

—Jefe —dijo el primero—, movilizaremos a todos los muchachos y, se lo aseguro, antes de veinticuatro horas, ese individuo habrá caído en nuestras manos. De esta no se escapa, se lo aseguro.

Dodds y Garrity se quedaron custodiando a Cossimo. Este, temblando aún violentamente, se metió en cama.

—Quedaos en el vestíbulo y tened las pistolas a punto. Si no se trata de Scalante o de Bemyss, no abráis a nadie, sea quien sea, ¿estamos?

Los gorilas asintieron.

Ni siquiera el licor consiguió calmar la terrible excitación que se había apoderado de su ánimo. Dando diente con diente, levantó el teléfono y discó un número.

Una voz le contestó con gran irritación.

—Cossimo, ¿qué diablos ha hecho que no acudió a mí encuentro?

—Ese hijo de perra... —balbució el "gangster"—. Colocó otra bomba en el coche y por poco si me aso vivo. Estoy en la cama, no puedo más, se lo

aseguro.

Hubo una pausa de silencio.

—Bien, Cossimo, entonces le dejo las manos libres. Liquide a Cushing, pero hágalo con la mayor discreción. Simplemente, que desaparezca, ¿estamos?

—De acuerdo.

—Avíseme cuando esté todo listo.

—Bien, jefe.

Cossimo colgó el teléfono y se secó el sudor de la frente una vez más. Encendió un cigarrillo con mano temblorosa durante unos segundos y estuvo fumando durante unos momentos.

De pronto volvió a hacer otra llamada. Esta vez era a un bar, cuyo dueño formaba parte de la organización.

—¿Joe?

—¿Quién es?

—Cossimo. Escucha, quizá aparezca Scalante y Bemyss por ahí. En cuanto los veas, diles que si hacen algo, qué sea con la máxima discreción, sin ruido, ¿estamos? Sobre todo, discreción, Joe. Ellos ya saben de qué se trata.

—Bien, jefe. Descuide, así se hará.

Después de la breve charla, Cossimo agarró la botella y se pegó un largo trago. A fuerza de beber, consiguió dormirse, mientras en la puerta vigilaban celosamente Dodds y Garrity.

CAPÍTULO XV

Cushing ayudó a su prometida a quitarse el costoso abrigo de pieles que cubría su esbelto cuerpo. Ada sonrió y dijo:

—Espera, te prepararé una copa.

—Gracias —contestó el joven.

Habían estado en el teatro juntos y, a la salida, Cushing había acompañado a Ada hasta su casa. La muchacha había aceptado como buenas las explicaciones que le había dado su prometido acerca del insólito proceder de dos días antes, achacándolo a su tensión de nervios. Ella había comprendido y para distraerle un tanto, le había propuesto su asistencia a la función de teatro.

Ada regresó con dos copas en la mano. Bebieron unos momentos y charlaron de temas triviales. Pero la joven no dejó de advertir que Cushing estaba un tanto frío y distante, como si a veces los pensamientos que ocupaban su mente distrajesen su atención de cuanto le rodeaba.

Después de las primeras copas, Ada cogió las manos del joven y le obligó a que la mirase a la cara.

—Walt —dijo—, mírame. A ti te sucede algo. Cuéntame lo que te pasa, por favor; quizá yo pueda ayudarte.

Cushing se pasó la mano por la frente.

—No es nada, querida —dijo—. Únicamente... estoy un poco preocupado, eso es todo.

—Si me dejases, yo te quitaría las preocupaciones en cuatro días, Walt.

—¿Cómo?

—Casándonos. Una boda rápida, no me importaría que fuese una ceremonia sencilla y sin estrépito. Tú, yo, los testigos y nadie más. Y después, la luna de miel en las Bermudas. Eso es lo que deberíamos hacer, sin perder un segundo de tiempo.

Por un instante, Cushing se sintió tentado de acceder a las proposiciones de su novia. La miró una vez más y la encontró bella y deseable... pero en su interior sintió que, en los últimos días, una invisible barrera se había alzado entre los dos.

—Querida —tartamudeó—, tu proposición... me llena de alegría, pero... no sé cómo decírtelo... ahora no puede ser y...

El timbre del teléfono sonó de pronto en la salita inmediata, rompiendo

la tensión del momento. Ada frunció los labios, pero acabó por levantarse y acudir a contestar la llamada.

Volvió unos segundos más tarde, con el rostro cubierto por una intensa palidez.

—Es para ti, Walt —dijo secamente.

No le hizo falta ver más al joven para conocer la procedencia de la llamada. Con el corazón alborotado, se dirigió a la salita, tomando el teléfono con mano nerviosa.

—Cushing —dijo.

—Walt, gracias a Dios —exclamó Lilí ansiosamente—. Te he estado buscando por todas partes.

—¿Qué sucede?

—Escucha, Cossimo ha lanzado a todos sus sicarios en tu busca. Están rastreando las tabernas y los bares del puerto. En tu casa, abajo, a la entrada, hay dos tipos vigilando. No vayas esta noche a tu casa, por lo que más quieras. Escóndete, Walt, escóndete.

—Pero, ¿cómo lo has podido saber?

—Se nota en el ambiente. Hay un montón de gorilas yendo de un lado para otro. Te matarán, Walt, si no andas con mucho cuidado.

—Está bien. Vete para casa y no temas. Ya procuraré andar con cien ojos por la calle.

—Gracias, Walt. No sabes el alivio que siento al haber podido decírtelo. Adiós.

Lilí colgó el teléfono antes de que Cushing pudiera hacer ninguna pregunta. El joven permaneció unos instantes meditabundo en la estancia y luego regresó al salón de estar.

Parpadeó al ver desierta la estancia. Miró en torno suyo, extrañado por la ausencia de Ada.



—¡Ni un solo movimiento!

De pronto, sus ojos descubrieron un trozo de papel sobre una mesita. Lo tomó, leyendo rápidamente las cuatro líneas que Ada había escrito allí con mano nerviosa.

“Walt:

“Te devuelvo tu palabra. Será mejor para los dos que olvidemos cuanto ha habido entre ambos.

“Adiós.

“A. F”.

En una de las esquinas de la cuartilla había una mancha redonda y húmeda. Cushing comprendió al instante que Ada había llorado al escribir aquella nota de ruptura.

Estrujó el papel y lo arrojó a un lado. Recobró su sombrero.

Con paso lento salió de la casa. Caminó sin saber adónde se dirigía, sin rumbo fijo.

Más tarde recobró la normalidad de sus actos. Entonces recordó el aviso de Lilí. Era preciso esconderse. Pero, ¿dónde?

Pronto halló la solución. A aquellas horas, el mejor sitio que podía hallar era su propia oficina.

Aquella noche durmió muy mal, en buena parte porque se vio obligado a hacerlo sobre un diván, sin desnudarse siquiera, y en parte porque sus propias preocupaciones se lo impedían.

Se levantó antes de que amaneciera. Hizo unas cuantas abluciones en el lavabo de la oficina, y luego salió a la calle, cuando todavía no se habían apagado les faroles del alumbrado público.

Desayunó en la cafetería de una estación de servicio. Luego empezó a pensar en la mejor forma de llegar a su casa. No era posible continuar vistiendo ropas de etiqueta. Pero de pronto recordó que había pagado una semana por adelantado en el “Ocean Hotel”. La semana no había terminado todavía. Y allí tenía un traje y ropa limpia, ya que al salir disfrazado, se había cambiado también de indumento.

Detuvo un taxi madrugador y le dio la dirección del “Ocean Hotel”. Unos momentos después entraba en el vestíbulo.

El recepcionista le miró asombrado al verle aparecer después de cuatro o cinco días, vistiendo de etiqueta. Pero no dijo nada, limitándose a acompañar al joven hasta la puerta del ascensor.

Una hora más tarde, bañado, afeitado y con otra ropa, Cushing salía del hotel. Tomó un segundo taxi, ya que no quería usar su coche, y dio una dirección a su conductor.

Abonó la carrera al final de la misma. Cruzó la acera y se metió en una casa, subiendo en el ascensor hasta el quinto piso. Una vez allí buscó un determinado apartamento.

Llamó. Hubo de esperar un buen rato antes de que se abriera la puerta.

La imagen de Lilí apareció en el umbral.

—¡Dios mío, Walt! —exclamó, con ojos dilatados por la sorpresa.

Cushing se quitó el sombrero cortésmente.

—¿Puedo pasar?

Ella se asomó al corredor, mirando a derecha e izquierda con gesto ansioso. Luego agarró el brazo del joven y tiró de él hacia adentro.

—Ven —dijo, con voz alborotada. Cerró la puerta con doble llave, que guardó en su seno, y a continuación llevó al joven hasta la habitación contigua—. ¿Te han visto venir?

—Espero que no —respondió él—. Llegué en un taxi; ni siquiera he querido usar mi propio coche. Y todo el rato estuve mirando hacia atrás para ver si me seguían. Tengo motivos fundados para creer que no saben que estoy aquí.

Ella suspiró con gran alivio.

—Mejor así, Walt —dijo—. Espera un momento, prepararé un poco de café.

El joven se quitó la chaqueta, entreteniéndose en repasar el arma mientras Lilí hacía el café. Terminó justo cuando ella acudía con una bandeja en las manos.

—Walt —dijo la muchacha después de los primeros sorbos—, he leído lo que le pasó a Cossimo. ¿Qué sucedió, en realidad?

Cushing sonrió levemente.

—Dije que iba a aterrorizarlo y lo haré. Esta vez creo que terminó loco o casi loco de miedo.

—Pero en resumen, ¿cómo fue?

—Até su coche a un farol del alumbrado por medio de un cable de acero. Bajo el suelo del coche y conectado con el cable por medio de un tirafrictor había puesto una bomba de termita. La termita es un material incendiario que alcanza casi en el acto una temperatura elevadísima, superior a los 3.000 grados. Un detonador hizo arder la termita cuando el coche pegó el tironazo al cable y arrancó de paso el farol. Si a ello añades que en la bomba había un par de onzas de magnesio de añadidura, comprenderás que el fogonazo resultó mayúsculo.

Lilí rio abundantemente al imaginarse la cara de miedo de Cossimo en el momento de incendiarse la termita.

—Creo que había arrancado con tanta fuerza, que el chasis casi se partió por la mitad —dijo—. Aunque luego, claro, el coche ardió totalmente.

—No hay forma humana de apagar la termita cuando se ha encendido. Funde el metal más duro como si fuera manteca y…

—Pero tú no le querías matar, Walt.

—Oh, no, claro que no. Solamente aterrorizarlo. Quiero llenarle de

pánico a ver si consigo arrancarle el nombre de su jefe —los ojos del joven brillaron—. Me refiero al individuo que opera en la sombra.

Lilí asintió pensativamente.

—Oye —dijo de pronto—, lo que no comprendo es cómo Cossimo estaba solo en el coche. Siempre tiene un par de gorilas mariposeando a su alrededor. ¿Por qué no los llevaba consigo en esta ocasión?

Cushing se irguió en el asiento, mirando a la muchacha con expresión de asombro.

—¡Es cierto! —dijo—. Cossimo iba solo y...

Se puso en pie y empezó a pasearse nerviosamente por el cuarto. Lilí le contemplaba con actitud expectante.

—Cossimo no es hombre que salga solo, cuando puede llevar compañía. Si se decidió a hacerlo, es porque alguna razón poderosa le obligó a ello.

—¿Alguna llamada quizá? —sugirió Lilí.

—¿Llamada de quién?

—Cossimo tiene un jefe, recuérdalo.

—Y ninguno de sus gorilas sabe el nombre de ese jefe. Solo lo conoce el propio Cossimo.

—Lo cual significa que en aquel momento, el tipo iba a entrevistarse con el mandamás.

Cushing extendió la mano y dijo:

—Ahí tengo cigarrillos, en la chaqueta. Dame uno.

Lilí obedeció, pasándoselo ya encendido. Cushing aspiró el humo a grandes bocanadas, mientras trataba de forzar la imaginación.

—Hice mal en darle este susto. Pero supuse que iría con sus gorilas. De haber podido figurármelo, le hubiera seguido. Quizá así, a estas horas, sabría ya quién era el jefe.

—¿No tienes ninguna idea formada sobre el particular?

—En absoluto. En este asunto estoy completamente a ciegas.

De nuevo se produjo el silencio en la estancia. Cushing trataba de rememorar, punto por punto, todos los acontecimientos en que había tomado parte desde que empezara la campaña contra el fullero.

De pronto, una sacudida eléctrica recorrió todo su cuerpo de arriba a abajo.

—¡Dios mío, no, no! Sería demasiado que...

Lilí se puso en pie de un salto.

—¡Walt! ¿Qué es lo que has descubierto?

El joven la miró largamente durante casi un minuto.

—Se me acaba de ocurrir una hipótesis... pero es tan descabellada, que no acabo de creerla aún del todo.

—Explícate, por el amor de Dios —dijo ella ansiosamente.

Cushing habló durante unos minutos. Al terminar, Lilí se mordió el labio inferior.

—¿Y por qué no había de ser él? ¿Es que tiene algo diferente a los demás?

—Pero... —Cushing volvió a los paseos—. Sería espantoso, aunque habría de demostrarlo de modo que no cupiese duda de ningún género.

—Bien, entonces, si quieres demostrarlo, no tienes más que tenderle una trampa. Piensa algo, tu imaginación es sobradamente fértil en esta clase de asuntos. Y si no —rio ella cristalinamente—, que lo diga Cossimo. Por cierto, ¿quién te proporcionó el bote de humo, la termita y demás adminículos?

—Tengo un amigo mío en un batallón de zapadores. Es oficial y accedió a mí petición. Pero, claro está, no conviene que se divulgue su nombre.

—Lo comprendo —murmuró Lilí—. Bueno, piensa algo, Walt.

El joven se sentó en el diván. Estuvo largo rato en silencio, hasta que, de pronto, dijo:

—Ya está. No me queda otro remedio que ofrecerme como cebo humano, pero creo que dará resultado.

Lilí se estremeció.

—No, por Dios, Walt, no hagas eso.

Cushing alargó la mano y tomó la muñeca de la joven, obligándola a sentarse a su lado.

—Ven aquí —dijo—. Creo que estás sintiendo algo por mí que se parece mucho al amor, ¿no es así?

Ella escondió la cabeza en su pecho, ruborizada hasta las orejas.

—Oh, Walt —murmuró—, ¿por qué te habré conocido?

Él la besó suavemente.

—¿Te arrepientes de ello?

—No, pero tú... Yo...

—Olvídalo, Lilí. Olvida todo, chica del farol.

Ella sonrió tímidamente.

—Me gusta que me llames así, querido. Pero no quisiera que pensases de mí que...

—Estoy dándome cuenta, a cada momento que pasa, que tu aspecto no es más que un disfraz para poder pasar mejor desapercibida, ¿no es así?

—Sí —contestó ella con voz muy tenue, terriblemente confusa y avergonzada—. Me daba mucho apuro comportarme de una manera semejante... pero comprendía que era el mejor medio de obtener muchas informaciones.

—Habrás tenido que espantar muchos moscones.

—Figúratelo —contestó ella, roja como una amapola.

—¿Lo hacías por Roy?

—Sí. Y por ti también, Walt, aun antes de conocerte.

Cushing respingó.

—¿Cómo dices?

—Roy no quiso pedirte nunca ayuda. Pero me dijo que si un día le ocurría algo, tú le vengarías. Y supe que andabas haciendo investigaciones acerca de la muerte de Roy. Por eso estaba aquella noche en el farol, porque sabía que acabarías pasando por allí. Y cuando te vi en un apuro, disparé contra Mowbray.

Cushing volvió a besarla. Ella se estremeció de pronto.

—Walt.

—¿Sí, querida?

—Está Ada, tu prometida.

—No te preocupes por ella.

—¿Ya no la quieres?

—No. Además, anoche, cuando terminé de hablar contigo, me despidió. Hemos roto.

—Por mí culpa quizá —se dolió la muchacha—. Ella es muy hermosa y rica, mientras que yo…

—Tú me quieres y eso es suficiente para mí, Lilí.

De pronto, el joven se quedó pensativo. Su vista acababa de clavarse en el retrato del muerto, situado en el aparador frontero.

Con voz ronca, preguntó:

—Lilí, ¿qué era Roy para ti?

Ella le miró con una singular expresión en sus grandes ojos verdes. Luego le cogió la cara con ambas manos, al mismo tiempo que, sonriendo, murmuraba:

—¡Tonto! Pero, ¿aún no has comprendido que Roy era mi hermano?

CAPÍTULO XVI

Sonaron unos toques discretos en la puerta. Cushing se puso en pie y, empuñando la pistola con la mano derecha, hizo girar la llave con la izquierda. Abrió primero una rendija y luego ensanchó la abertura, para permitir el paso a la muchacha.

Lilí entró cargada con una gran maleta, de cuyo peso la alivió el joven inmediatamente.

—¡Uf! —se quejó ella—. ¡Cómo pesa todo esto!

Cushing fue a besarla, pero ella apartó el rostro a un lado.

—No, Walt. Espera un poco. Quiero quitarme primero esta máscara —y se fue ligera hacia el baño, del que regresó un buen rato después, con la cara completamente limpia de afeites y una expresión en ella totalmente distinta a la que solía adoptar en la calle.

Se anudó los cordones de la bata, levantó los brazos y besó al joven con ciega pasión, confundiéndose ambos en un apretado abrazo.

Un momento después, se separaron. Ella había enrojecido y respiraba afanosamente.

—Eres tremendo, Walt —sonrió.

—Me alegra esa opinión que tienes de mí, Lilí. Ven, tomaremos una copa mientras me cuentas lo que has averiguado.

—Es bien sencillo —dijo la muchacha, mientras por encima del hombro preparaba las bebidas en el aparador frontero—. Los gorilas de Cossimo andan locos detrás de tus huellas.

Le entregó un vaso y se quedó con el otro. Bebieron.

—Locos —repitió la muchacha—. Ninguno de ellos sabe explicarse dónde te has escondido.

—Perfectamente. ¿Trajiste todo lo que te dije?

Claro. Por poco si pierdo el brazo remolcando esa maleta. Oye, Walt, ¿qué es lo que piensas hacer?

—Ya te dije: tender una trampa al jefe de Cossimo.

—Y tú vas a ser el cebo.

—Exactamente —Cushing terminó la copa y colocó la maleta sobre el diván, abriéndola y examinando detenidamente su contenido—. Estupendo —declaró al terminar—. Esto servirá para cazar al tigre.

Ella apoyó una mano en su hombro.

—Walt, tengo miedo.

—Roy era tu hermano y mi amigo —dijo él con voz dura—. ¿Vas a ablandarte ahora, Lilí Ellis?

La muchacha sacudió la cabeza.

—No... pero antes no te conocía, y ahora sí. ¿Comprendes la diferencia?

Cushing se puso en pie y encerró el talle de la joven entre sus brazos.

—Mírame —dijo—, mírame, Lilí Ellis. Si no terminara este asunto, si no diera a esos criminales el pago que se merecen, Roy se levantaría de su tumba y nos acusaría a los dos con el dedo, llamándonos traidores. A mí por haber olvidado mis promesas y a ti por haberme ayudado a olvidarlas. Recuérdalo: te dijo que si le pasaba algo, yo le vengaría. ¿Crees que podría traicionar la fe que depositó en mí?

Ella movió la cabeza. La voz le salió ronca, extraña.

—No, Walt —dijo al cabo.

—Entonces, no hablemos más del asunto. Ya te he explicado cuál es mi plan. Tú tienes una parte importante que desempeñar en él. Recuerda mis instrucciones y no las olvides un solo momento.

—Desde luego, Walt, aunque... me gustaría enormemente acompañarte.

—Olvídalo, chica del farol —sonrió él—. Tú debes esperarme... como tu homónima, ¿comprendes? Y cuando la espera haya acabado, empezará una nueva época para ti. Y para mí, por supuesto.

La besó suavemente. Los ojos de Lilí se habían llenado de lágrimas, pero supo sonreír a pesar de todo.

—Eres irresistible, querido —dijo.

—Gracias por tu opinión —Cushing consultó el reloj—. Bien, vamos a empezar a actuar. Recuerda bien lo que te dije y ejecútalo en el momento preciso, ni un minuto antes, ¿estamos?

—Lo haré, querido.

Cushing cerró la maleta. Revisó la pistola una vez más y luego se puso la chaqueta y se dirigió hacía la salida.

Lilí le alcanzó, agarrándole por un brazo. Le miró con ansia desesperada.

—Por favor, Walt —dijo—. Soporté difícilmente la pérdida de Roy, pero no sé si podría soportar ya la tuya.

Él la palmeó suavemente en las mejillas.

—Espérame, Lilí. Volveré —dijo con tono firme. Y repitió—: Espérame.

—¿Dónde, Walt?

El joven sonrió:

Nuestras dos sombras
se fundirán en una...
...cuando estemos junto al farol,
como entonces, Lilí Marlén.

Las lágrimas resbalaron suavemente por el rostro de la muchacha. Pero eran lágrimas de felicidad y sabía que, al cabo, Walt volvería a ella…

…junto al farol.

CAPÍTULO XVII

La sombra se deslizó sigilosamente por los muelles desiertos, buscando un barco atracado en el fondeadero. No tardó mucho en hallarlo.

Cushing atravesó la plancha y saltó a la cubierta del lujoso yate de recreo. Sus pasos resonaron de pronto, haciéndole torcer el gesto.

Un hombre salió de pronto por una puerta, alumbrándose con un farol. Antes de que tuviera tiempo de darse cuenta de lo que le sucedía, la culata de una pistola se abatió sobre su cráneo.

Cushing arrastró al individuo hacia un camarote, atándolo y amordazándolo sólidamente. Luego salió afuera, cerrando la puerta.

Recobró la maleta. Con ella en la mano, buscó el salón principal. Entró en el mismo y empezó a trabajar activamente, ayudándose para ello de una minúscula pila de bolsillo, a fin de evitar que la luz de las ventanas se divisara desde el exterior.

Actuó rápidamente, sabiendo que tenía poco tiempo. Apenas había concluido su labor, oyó pasos rápidos en la cubierta del yate.

Escondió la maleta sobre un diván y se incorporó. Casi en el mismo momento, las luces del salón se encendieron.

Un hombre apareció en el umbral, mirando al joven con enorme sorpresa.

—¡Cushing! —exclamó.

—Adelante, señor Farmsworth —dijo Walt con buen humor—. Está usted en su casa... perdón, en su yate. ¿No quiere entrar y tomarse una copa conmigo?

El padre de Ada le miró con gesto irritado.

—Sería mejor para los dos que me explicase de una vez los motivos de su presencia en este lugar. Hable claro y pronto, Cushing.

—Los motivos de mi estancia aquí son bien sencillos, señor Farmsworth —contestó Cushing con toda flema. Se sentó en un diván y encendió un cigarrillo—. Sencillamente, he convocado una reunión aquí.

—¿Una reunión?

—Sí. Con unos amigos suyos. Un tal Cossimo, ¿recuerda ese nombre? y algún otro más. Dodds, Scalante, Bemyss... quizá se me quede alguno en el tintero, pero no puedo asegurarlo.

El cuerpo de Farmsworth se puso rígido.

—Cushing, si esto es una broma, le aseguro que es de pésimo gusto. No conozco personalmente a esos caballeros a quienes acaba de nombrar...

—Puede que no conozca a alguno de ellos, pero sí a uno por lo menos. A Jim Cossimo, su títere, no lo niegue.

—¡Está loco, Cushing, loco de remate! Ahora me explico, y me felicito, de que mi hija haya roto por fin con usted.

—Los dos heñios salido ganando, créame, señor Farmsworth. Posiblemente no hubiéramos sido felices en el matrimonio y ha sido mejor romper ahora que tenemos tiempo. Más adelante hubiera sido tarde y... Pero no vine aquí para hablar de Ada, sino de Cossimo y sus gorilas.

—Le repito que...

—No insista, señor Farmsworth —declaró el joven con voz dura—. Será mejor que pongamos las cartas boca arriba. Usted es el jefe de Cossimo, el hombre que le ordenó llevar a cabo todas las extorsiones que ambos sabemos, con el fin de obtener un lucro tan colosal como ilícito, coaccionando a los *dockers* de una manera cruel y despiadada. Me costó mucho averiguar quién era el jefe de Cossimo, pero al fin lo he conseguido. Usted mismo se delató hace días, pronunciando una frase altamente reveladora, pero en la cual no supe reparar entonces. ¿Cómo iba a pensar que el jefe de Cossimo era el respetado señor Farmsworth, el padre de mi prometida y prominente hombre de negocios local?

Farmsworth permanecía rígido.

—El primer día que hablé con ustedes del asunto, después de la pelea en la taberna y mi estancia en comisaría, usted dejó escapar un comentario despectivo cuando cité mi amistad con Roy Ellis. “Un simple descargador de muelle”, dijo usted. Yo no había hablado con usted de Ellis para nada; si acaso, un comentario intrascendente con Ada, comentario que, por cierto, no había llegado a sus oídos. Además, en el curso de aquella conversación, yo no había mencionado para nada que Ellis fuese un *docker*. Fue usted quien lo dijo, porque estaba enterado de lo que había hecho mi amigo y lo que usted había ordenado hacer con él, ya que era el jefe de Cossimo y este le comunicaba la menor novedad en cuanto se relacionaba con el sindicato, ¿no es así?

El rostro de Farmsworth aparecía ceniciento. Cushing lo observó y, mientras sacudía la ceniza de su cigarrillo con el dedo meñique, se echó a reír.

—Su imperio ha terminado, Farmsworth. Pronto tendré la prueba plena de sus crímenes y no le valdrá nada, ni dinero ni influencias. Irá a parar adonde se merecen ir los forajidos y criminales como usted. Figúreselo, Farmsworth.

—Aún no ha conseguido usted sus propósitos —dijo el padre de Ada con voz ronca—. Todavía estoy aquí... y vivo —de pronto, la mano de Farmsworth se movió y apareció armada con una pistola—. Le mataré,

Cushing, le mataré; y nadie podrá acusarme de nada, porque su cuerpo irá a parar al fondo del mar.

—¿Con una tina llena de cemento en los pies? —preguntó el joven.

—Exactamente. Eso es lo que pienso hacer con usted, Cushing. ¡Vuélvase, le digo!

—Está bien, está bien —contestó Cushing—. Sé obedecer.

Y empezó a girar sobre sí mismo con gesto renuente.

En aquel momento se oyeron pasos precipitados sobre cubierta.

Farmsworth volvió la cabeza un instante. La puerta del salón se abrió y cuatro hombres penetraron en tromba.

—¿Qué significa esto? —aulló Farmsworth, lívido de ira, al reconocer a Cossimo, acompañado de cuatro de sus más caracterizados secuaces.

CAPÍTULO XVIII

Cossimo se quedó de piedra al ver a Farmsworth allí, junto con Cushing.

—¡Me ha traicionado! —aulló. Y sin pensarlo más, sacó la pistola y disparó dos veces contra el padre de Ada, el cual se desplomó al suelo, fulminado por las balas.

Cushing pegó un respingo. Cualquier cosa se hubiera imaginado menos que Cossimo disparase contra su jefe, matándolo en el acto. Sintió que un helado escalofrío le recorría la espina dorsal.

Los ojos de Cossimo le miraron con ira infinita, en tanto que la pistola que sostenía en la mano temblaba perceptiblemente.

—Al fin te he atrapado, maldito bastardo —masculló—. Y de esta no te escaparás, te lo aseguro.

El joven empezó a recuperarse. Cuando Cossimo no había disparado contra él, en el primer estallido de cólera, sería difícil que lo hiciera pocos segundos después.

—Mala suerte para mí —dijo, procurando aparentar tranquilidad. Por precaución mantenía las manos en alto. Miró el cadáver de Farmsworth y meneó la cabeza—. Me parece que ha cometido usted un grave error, Cossimo.

—Farmsworth ha muerto porque intentó traicionarme. Y los traidores solo tienen un pago, ¿comprendes? —barbotó el *gangster*—. El mismo que te voy a dar a ti, Cushing. Me has hecho pasar mucho miedo, es cierto; pero ahora me cobraré de todo lo que has hecho conmigo.

—Muy bien —dijo Cushing sin inmutarse—. Ustedes son más que yo; no puedo oponerme a sus deseos. ¿En qué va a consistir ese pago?

Cossimo sonrió siniestramente.

—Lo vas a ver ahora mismo. ¡Dodds, Garrity, traed los materiales!

Los dos nombrados salieron en el acto. Cossimo dio otra orden.

—Scalante, desármalo.

—Sí, jefe.

El siciliano avanzó hacia Cushing con una mueca de insania pintada en su rostro. Le desarmó, registrándolo cuidadosamente y luego, levantando su mano, la estrelló contra el mentón del joven, derribándolo contra el diván.

Cushing rodó sobre sí mismo, incorporándose con la cabeza turbia. Scalante le asestó una patada en el hombro, pero el joven agarró el tobillo y arrojó al rufián de espaldas.

Luego intentó arrojarse sobre él, pero le contuvo la voz de Bemyss.

—¡Quieto, Cushing, o le taladró el estómago!

El joven se enderezó, respirando afanosamente. Levantó las manos.

Scalante se incorporó, dispuesto a arrojarse de nuevo contra Cushing. Cossimo dio una orden.

—¡Quieto, Scalante! Si le golpeas, puede perder el sentido y no se enterará de lo que va a saber —avanzó hacia el joven con el rostro transformado por una indescriptible mueca de ira—. ¡Y yo quiero que sepas lo que es miedo, que sudes de pavor, mientras el cemento se va endureciendo en torno a tus pies, mientras te sacamos a alta mar para arrojarte al agua en un sitio donde jamás podrán hallarte! ¿Me has oído?

Cushing parpadeó.

—Y así —dijo—, la jugada resultará perfecta. Usted se ha deshecho de su jefe, con lo cual el producto de todas sus depredaciones pasará íntegro a su poder y, además... Oiga, creo que Farmsworth sabía algo nada bueno acerca de usted para tenerle tan sujeto bajo su bota, ¿no es cierto?

—¿Cómo lo sabes? —estalló Cossimo.

—Lo he deducido, simplemente. Usted no es hombre que obedezca órdenes de nadie, a menos que haya una razón poderosa para ello.

Cossimo miró con rabia el cadáver de Farmsworth.

—Sí —contestó, haciendo rechinar los dientes—, sí. Sabía que tengo pendiente una condena de quince años por falsificación y fraude, pero aquí, en Cleaney, nadie lo supo nunca más que él. Por eso me obligaba a hacer lo que quería, bajo la extorsión de denunciarme a la policía de Chicago si no cumplía sus órdenes —río agriamente—. Ahora solo podrá denunciarme en el infierno, el hijo de perra.

Cossimo volvió a reír.

—Y tú le servirás de testigo, Cushing. ¿Qué os parece, chicos?

Scalante y Bemyss rieron también atronadoramente. En aquel momento, entraron los otros dos, portadores de una tina circular de madera, dentro de la cual había un par de sacos de cemento, así como dos paletas de albañilería, un cubo de metal y una soga.

—Bueno —dijo Cossimo—, ya podéis empezar, muchachos.

Bemyss se acercó al joven con la cuerda en la mano, atándole las muñecas cuidadosamente. Acto seguido buscó con la vista en el techo, hallando al fin un gancho que servía para sostener una lámpara supletoria en caso de emergencia.

Lanzó el otro cabo de la cuerda, pasándolo por el gancho. Subiéndose a una silla, ató la cuerda, de tal modo que los brazos del joven quedaran en alto.

Garrity acercó la tina.

—Mete los pies ahí dentro —ordenó.

Cushing hizo lo que le decían. Su mirada se clavó en un reloj que estaba colgado en el mamparo frontero. Eran ya las once de la noche.

Dodds fue en busca de agua, en tanto que los otros dos pistoleros vertían el contenido de los sacos de cemento en el interior de la tina. Sentado en el diván, frente al prisionero, Cossimo presenciaba la escena en tanto fumaba plácidamente.

—¿Cree que gustará a los peces la carne de abogado, jefe? —preguntó Scalante en tono adulador.

Cossimo rio agudamente. El joven le miró:

—¿Cuál es su verdadero nombre, Cossimo? Porque es de suponer que, cuando está en Cleaney Harbor tan tranquilamente, haciendo caso omiso de la condena de quince años que tiene pendiente, no usará su verdadero nombre, ¿no es cierto?

—¿Te importa mucho, entrometido?

—Hombre, si bien se mira, solo es cuestión de tener paciencia y esperar a que tomen las huellas dactilares a su cadáver, Cossimo. En el archivo de la policía de Chicago deben figurar sin duda. Y también en el de la F. B. I.

—Tú no podrás saberlo, abogado —dijo el *gangster*.

—Bueno —contestó el joven con indiferencia.

Miró el reloj. Las once y cinco.

Vino Dodds con agua, la cual arrojó sobre el cemento, que llegaba más arriba de los tobillos del joven. Scalante y Bemyss empezaron a remover la mezcla con las paletas de albañil.

—Me van a estropear los zapatos —se quejó el joven.

—No te preocupes —dijo Cossimo—. Los únicos que podrían protestar son los peces… y esos tendrán suficiente entretenimiento con tu fiambre.

Las once y diez minutos. Dodds trajo más agua y la mezcla quedó, al fin, hecha.

Las once y cuarto. Cushing empezó a sudar. Notaba ya que el cemento empezaba a fraguar.

Movió los pies un poco. Le resultó algo difícil.

—¿Usan cemento rápido? —preguntó.

Cossimo fue a decir algo, pero en aquel momento se oyó el bramido de un altoparlante.

—¡Ah del barco! ¡Habla la policía! ¡Salgan todos con las manos en alto y no intenten hacer la menor resistencia o dispararemos sin compasión!

CAPÍTULO XIX

El duro resplandor de unos proyectiles luminosos penetró en el salón a través de las ventanas.

Los *gangsters* se quedaron aterrorizados.

El altoparlante volvió a intimar la rendición.

—¡Salgan todos de uno en uno con las manos en alto! ¡No repetiremos la intimación! ¡Si dentro de un minuto no lían contestado, abriremos el fuego!

Cossimo se puso en pie de un salto. Su pistola se apoyó en el estómago, del joven.

—De modo que todo esto lo has hecho tú, ¿eh, maldito bastardo?

—Supongámoslo —contestó el joven fríamente.

—Voy a acribillarte a balazos...

—Hágalo —dijo Cushing sin inmutarse, aunque sintiendo en su interior un miedo espantoso—. Sin embargo, antes de disparar, le diré una cosa. Todo cuanto se ha hablado aquí está registrado y grabado hasta la última sílaba.

—¡Estás mintiendo! —aulló Cossimo, lívido de miedo.

—Apriete, apriete el gatillo, si quiere —respondió Cushing—. De nada le servirá, porque ahora ya no tendrá quien le tape sus crímenes. Mire a sus compinches, están sudando de miedo.

Cossimo volvió la vista hacia los gorilas. Las palabras de Cushing eran ciertas.

Dodds empezó a gimotear de repente.

—¡Yo me rindo, jefe! —dijo—. ¡No quiero más líos! —Y echó a correr hacia la puerta.

—¡Maldito cobarde! —bramó Cossimo. Volvió la pistola hacia el fugitivo y le disparó dos tiros, que le alcanzaron en el centro de la espalda.

Dodds lanzó un aullido de dolor y se desplomó de bruces, arañando con las uñas la madera de la puerta que no había conseguido abrir. En el mismo momento, Cushing resolvió jugarse el todo por el todo.

Suspendiéndose de las muñecas, encogió las rodillas, sacando los pies del cemento a medio fraguar. Con ellos salió una buena porción del cemento.

Levantó las piernas y estrelló aquellas dos bolas de masa gris contra el

rostro del forajido, cegándole por completo.

Cossimo cayó hacia atrás, lanzando un grito ronco, desfigurado por el cemento que se le había metido en la boca. Trató de levantarse, buscando con la mano la pistola que se le había desprendido de los dedos al caer.

En aquel momento se oyó el estallido de un vidrio. A espaldas del joven apareció la boca del cañón de una pistola ametralladora.

La boca del arma se encendió súbitamente con fragoroso estruendo. Alcanzado de lleno por los proyectiles, Cossimo fue de un lado para otro, hasta desplomarse en el suelo en medio de un charco de sangre.

Scalante se volvió, apuntando con su pistola al policía que estaba tras la ventana. Un revólver detonó a sus espaldas, atravesándole el cráneo en redondo.

Ciego de pánico, Bemyss echó a correr hacia la salida, saltando por encima del cuerpo de Dodds, mientras disparaba frenéticamente su pistola, en su loca ansia de abrirse paso a cualquier precio.

Empujó la puerta. En lo alto de la escalera que conducía a cubierta había un agente uniformado con un rifle automático de gran calibre.

El rifle detonó fragorosamente. Bemyss lanzó un feroz aullido y se desplomó sobre los peldaños.

El único superviviente, Garrity, tiró la pistola y levantó las manos. Entonces, dos o tres hombres de civil, seguidos por unos cuantos agentes de uniforme, penetraron en el salón, que aparecía cubierto de cuerpos ensangrentados.

—¡Vaya una carnicería! —exclamó el teniente Carpen, de la policía local.

—¡Pero si es Farmsworth! —exclamó un agente, al ver el cadáver del financiero.

Dos agentes se ocuparon de liberar al joven. Cushing dijo:

—Cossimo lo mató, teniente. Pero, en realidad, él era el jefe y el cerebro de la pandilla.

—El escándalo va a ser de los gordos —observó Carpen pensativamente.

—Cierto, pero así se habrá hecho una gran limpieza en la ciudad —se frotó las muñecas, para restablecer la circulación de la sangre y luego empezó a limpiarse el cemento que aún tenía adherido a los zapatos—. Teniente, busque por debajo de los divanes. Encontrará varios micrófonos y una grabadora. Le aseguro que oirá muchas cosas interesantes.

Carpen le miró con admiración.

—Ha conseguido usted algo que nadie esperaba ciertamente, Cushing. Las gentes de la ciudad le estarán siempre muy agradecidas, créame.

—Bueno, no lo hice por eso solo, teniente. Yo también le estoy muy agradecido a usted por haber venido tan oportunamente.

Carpen se frotó la mandíbula.

—Me costó mucho creer a la chica que usted me envió, pero al fin accedí a venir. Ahora me alegro de ello.

Cushing terminó de limpiarse los zapatos. Hizo una mueca.

—Me los han estropeado —dijo—. Tendré que comprarme otros. Bien, teniente; mañana iré por su despacho a declarar. Ahora tengo cosas más interesantes que hacer.

Se volvió desde la puerta.

—Ah, se me olvidaba. Interrogue a Fargus McCormick; es el abogado del Sindicato. Con pruebas en las manos, McCormick tendrá también mucho y muy bueno que contar.

—Así lo haré, Cushing —prometió el oficial de policía.

Cushing salió a cubierta y echó a correr. Tenía que darse prisa para encontrar a la chica del farol.

CAPÍTULO XX

La niebla subía perezosamente desde los muelles, diluyendo los contornos de las obras. La luz del farol expandía en torno suyo una luz amarillenta, difusa. Al pie del mismo había una mujer.

Cushing se acercó lentamente a la mujer. Ya tenía un cigarrillo encendido y se lo puso en los labios.

—Hola, chica del farol.

Lilí se volvió lentamente, procurando dominar el temblor de su cuerpo.

—¡Walt! —murmuró en voz baja.

Aspiró el humo con fuerza. Cushing la tomó por el brazo.

—Todo ha terminado ya, Lilí.

Ella le miró con ojos cubiertos por las lágrimas.

—¿Me lo dices de veras, Walt?

—Nunca he hablado tan en serio.

—Gracias, Dios mío —musitó Lilí.

Hubo una pausa de silencio. Luego, Cushing preguntó.

—Oye, ¿por qué arrancaste la dedicatoria de la fotografía de tu hermano?

Lilí sonrió.

—Quería darte celos, Walt.

—Y lo conseguiste. ¿Ya me querías entonces?

—Te amaba desde antes aún de conocerte en persona. Y decidí que serías mío, por encima de todo.

—Has conseguido tus propósitos, chica del farol. Supongo que estarás contenta, ¿no?

Lilí tiró el cigarrillo apenas consumido.

—Sí, ¿y tú?

—También. Vamos.

Echaron a andar. Sus figuras se esfumaron en la niebla poco a poco. Pero cuando hubieron desaparecido, quedó todavía flotando en el ambiente el eco de una canción.

Nuestras dos sombras
se fundirán en una…
…junto al farol, como entonces, Lilí Marlén.

FIN

APARECERA LA PROXIMA SEMANA EN ESTA COLECCION

George H. White

EL LOCO DE LA LINTERNA ROJA



Precio: 7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



FIRMAS QUE REPRESENTAN A

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera, S. R. L. Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltdà. Carrera 6.ª núm. 13-78 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57 LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar,, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42 GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Istaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUNCION.

PERU: Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Oriente 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.



N.º 1509

Mel Ferrer

Nació en Elberon, Nueva Jersey, el 25 de agosto de 1917. Está casado con la actriz Audrey Hepburn, de cuya unión ha nacido un hijo, llamado Sean. Hemos visto a este actor-director en "Guerra y Paz" y "La muchacha de Berlín", últimamente.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain